Colección
LETRAS DIFERENTES

EN TINIEBLAS

Léon Bloy

ESCUELA LIBRE EDITORIAL

COLECCION LETRAS DIFERENTES

1. LUCES Y SOMBRAS:
   EL CIEGO EN LA
   LITERATURA HISPANICA
   Juan Cruz Mendizábal

2. LOS EXPULSADOS
   DEL PARAISO
   Agustín Sánchez Vidal

3. MIRIAM (Novela)
   Ramón Hernández

4. FIGURAS DEL OTRO
   EN LA ILUSTRACION
   FRANCESA
   Diderot y otros autores
   Estudio preliminar,
   traducción y notas
   de Alicia H. Puleo

5. PERSONAJES ROTOS
   DE LA LITERATURA
   UNIVERSAL
   Fernando Martínez Garrido,
   Mario Grande Esteban y
   Mercedes Escolar Arévalo

6. EL CIEGO Y SUS COPLAS
   SELECCION DE PLIEGOS
   EN EL SIGLO XIX
   Joaquín Díaz

7. AMB UNA ALTRA MIRADA
   Antologia de contes d'autors
   catalans
   CON OTRA MIRADA
   Antología de cuentos de autores
   catalanes
   Montserrat Bayà
   (Coordinadora)

EN TINIEBLAS

Colección
LETRAS DIFERENTES

EN TINIEBLAS

Léon Bloy

Edición, traducción y notas de
LUIS CAYO PÉREZ BUENO

ESCUELA LIBRE EDITORIAL
Madrid, 2000

FUNDACION ONCE

Ilustración de cubierta:

Estudio para «Le Christ aux outrages» de Henry de Groux
Colección particular, París

COLECCIÓN LETRAS DIFERENTES

Directores:
JOSÉ MARÍA ARROYO ZARZOSA
RAFAEL DE LORENZO GARCÍA

Asesor Literario:
LUIS CAYO PÉREZ BUENO

Coordinador editorial:
GREGORIO BURGUEÑO ÁLVAREZ

Título original: *Dans les Ténèbres*

© De esta edición, Fundación ONCE, 2000.
© De la traducción y notas, Luis Cayo Pérez Bueno.
© Del prólogo, José Julián Barriga Bravo.
© De la nota preliminar, Jacques Petit.

Depósito legal: M. 24.182-2000
ISBN: 84-88816-66-9
Imprime: Gráficas Alvani

La presente traducción de *Dans les Ténèbres* se realizó sobre la edición francesa de esta obra, incluida en el volumen IX de *Oeuvres de Léon Bloy*, publicadas al cuidado de Jacques Petit por la editorial *Mercure de France*.

PRÓLOGO

Este libro es una provocación intelectual y una inmersión en la historia profunda e inquietante de la Europa que en el siglo pasado alumbró guerras y provocó graves conflictos ideológicos.

Es una provocación si tenemos en cuenta la contradicción que significa abordar temas escatológicos –mortandades apocalípticas, horrores casi medievales, terrores religiosos, cuestiones metafísicas– en un tiempo como el presente tan liviano, que rinde culto al hedonismo, a la ligereza y al fingimiento. Hemos perdido en gran medida el dominio de los conceptos y el nombre de los sentimientos, que con tanto ardor postula Bloy.

El propio título del ensayo «En Tinieblas» significa ya un pórtico al momento histórico en el que se escribe. 1917 es un año tenebroso en el que todavía resuenan los cañones de la Gran Guerra, se presienten nuevas catástrofes, grandes convulsiones, se están arrumbando creencias, la modernidad apenas si se atisba y todo transcurre «en tinieblas», en «esta universal ceguera», en la que los intelectuales han perdido la orientación perturbados por «la impostura tenaz de nuestros sentidos».

El autor de este ensayo inquietante y perturbador de las tranquilas conciencias europeas que presencian impertérritas la angustia de la guerra es el prototipo del intelectual provocador, insolente con el poder, agresivo contra sus contrarios, fustigador de vicios y conciencias, fundamentalista en lo religioso, a veces místico o contemplativo, otras conspirador e instigador de rebeldías. Léon Bloy (1846-1917) es uno de los pensadores más originales y, a la altura de los tiempos que vivimos, una reliquia de la intelectualidad europea, aquélla que hace de nexo entre la cultura religiosa más estricta y severa y aquella otra

que va alumbrando la sociedad moderna y liberal. Léon Bloy es militante destacado en el primero de los bandos. Entre uno y otro se producen colisiones tremendas que se prolongan a lo largo de la primera mitad del pasado siglo.

La pregunta capital es qué vigencia tiene Bloy como para justificar la edición en castellano de su obra postrera más allá de un estricto sentido historicista. En este libro de ensayo, de breves acotaciones a preocupaciones existencialistas, hay multitud de datos casi entomológicos. Pienso que difícilmente se pueden encontrar mínimos latidos de vida en percepciones tan arcaicas de prácticas religiosas y milagreras abandonadas incluso por la oficialidad religiosa y que Léon Bloy defendía hace menos de un siglo con tanta vehemencia que le sitúa incluso en el límite de la violencia.

Interesa más y tienen más clara vigencia esas otras reflexiones sobre los grandes misterios del hombre y del universo que perduran en la actualidad a pesar de la frivolidad y la despreocupación en la que vive confortablemente instalada nuestra sociedad. Pervive en mucha mayor medida que en el pasado siglo lo que Léon Bloy califica con enorme clarividencia como la «impostura de nuestros sentidos». Los grandes arcanos que han preocupado y ocupado a las mentes a lo largo de la historia siguen presentes. La muerte, el dolor, la guerra, las grandes catástrofes de la naturaleza, la voracidad de los ricos frente a los pobres, la innata insatisfacción humana, son cuestiones veladas en este tiempo por la vacuidad o por la impostura de las conciencias sobre las que tanto escribió el pensador francés.

Existe en este ensayo otro tipo de referencias y pensamientos de claro interés histórico. Las grandes guerras europeas continúan provocando nuevas aportaciones bibliográficas. La publicación de diarios, memorias, correspondencia o testimonios significan nuevas visiones que complementan uno de los períodos más trascendentales de este tiempo del que emana la contemporaneidad. Pocos anacronismos hay en este libro de tan bella factura.

Léon Bloy realiza una interpretación muy singular sobre la ceguera que por sí sola justifica la publicación en castellano del ensayo «En Tinieblas». La ceguera como metáfora representa la falta de percepción que tiene la población europea ante los graves conflictos que la afligen. En esta tesitura, Bloy percibe que «el mundo entero se ha quedado ciego» hasta el punto de que «los más ciegos son precisamente los clarividentes», es decir, los intelectuales que padecen de «universal ceguera». Ante esta situación, cuando la hecatombe más pavorosa aflige a la Europa secular, «el despertar de los ciegos será prodigioso».

También como metáfora, cual parábola bíblica, Léon Bloy reinterpreta el pasaje evangélico de la restitución de la vista al mendigo ciego que nunca vio nada hasta que le sanó la mano del Señor. «El hijo de Dios –interpreta Bloy– deseaba la mirada virginal del mendigo ciego». Esta mirada, el ver las cosas por vez primera, reviste tal prodigio que desata en el pensador francés una consideración casi mística y en todo caso inédita.

El sentido escatológico de Bloy tiene una especial proyección en la descripción y en el sentimiento que le produce escuchar los cañones de la Gran Guerra presintiendo el final de su vida mientras un torbellino de gentes pasa junto a su vivienda presas de un pánico apocalíptico. En tanto los sonidos del cañón restallan junto a su vivienda, Léon Bloy entretiene la espera filosofando sobre el sentido de la guerra y sobre el horror que caerá sobre Francia. Prisionero de los conceptos de honor y patria, Bloy maldice a la Alemania «prusianizada» y a todos los intelectuales franceses que no supieron prevenir a tiempo los peligros de no haberse sublevado contra las exigencias germanas.

El estilo, los conceptos del infatigable Léon Bloy, plagados de simbolismos y de referencias bíblicas, han puesto siempre a prueba la pericia del traductor. En este caso, el trabajo realizado por Luis Cayo Pérez Bueno es francamente espléndido. Una traducción transparente, llena de matices, con dominio de los conceptos, acerca al lector del siglo XXI a una de las prosas más difíciles y simbólicas, y por eso mismo más bellas, de co-

mienzos del siglo XX. «En Tinieblas» abre la puerta a la polémica pero también al entendimiento de uno de los períodos más violentos y dramáticos de Europa.

Pero su lectura produce desasosiego ante el entendimiento de que esta Europa en proceso de constituirse en comunidad de Estados, libre y sosegada, tuvo hace poco menos de un siglo tiempos tan dramáticos y de desconcierto. Al fin y al cabo, los conflictos actuales en los Balcanes no son más que vestigios de aquellos otros acontecimientos que tanto afligieron a Léon Bloy. Y, como entonces, seguimos «en tinieblas», en ceguera sobrevenida, en plena «impostura» de los sentidos y de las conciencias. Léon Bloy se sublevó ante tanta apatía y desconcierto y las páginas que siguen son su testimonio postrero, tan violento como hermoso.

José Julián Barriga Bravo

LÉON BLOY, PEREGRINO DE LO ABSOLUTO

Léon Bloy es uno de los escritores y pensadores más singulares de la Europa de finales del siglo XIX y principios del XX. Nació en Périgueux el 31 de julio de 1846 y murió en Bourg-la-Reine, el 3 de noviembre de 1917. Hijo de un funcionario de Obras Públicas, segundo de una familia numerosa. A los catorce años, tras una breve etapa escolar, abandona los estudios para tomar clases de dibujo técnico. Desde 1864 trabaja en París como empleado de un estudio de arquitectura. En 1867, traba conocimiento con Barbey d'Aurevilly, hecho que determina su vuelta al catolicismo y que tomen cuerpo sus aspiraciones literarias. La guerra francoprusiana hace que retorne a Périgueux, lugar donde tras su licenciamiento (había combatido con el ejército del Loira) decide permanecer durante un tiempo. En 1873, vuelve a París donde ocupa diversos empleos: escribano en una notaría, dependiente de un Registro, delineante en la Compañía de los Ferrocarriles del Norte, al tiempo que inicia sus primeros y difíciles escarceos literarios. *L'Univers*, diario de Veuillot, *La Restauration*, *La Revue du monde catholique*... reciben de mal grado su intransigencia religiosa y su violencia, rehusando publicar tanto *La Méduse-Astruc*, poema en prosa inspirado en un busto de Barbey como su *La Chevalière de la mort*, estudio poético y místico sobre María Antonieta. Tendrá que aguardar hasta 1882 para que un diario de tirada limitada, *Le Chat Noir*, aceptase sus escritos. Los años que siguen, cruciales para su personalidad, vienen marcados por su encuentro con Anne-Marie Roulé (período que retrata el *Desesperado*: el drama vivido por Caïn Marchenoir y Verónica permite comprender mejor que cualquier relato este episodio en el que el misticismo desemboca paulatinamente en sensualidad); por la muerte de su padre, en mayo de 1877; por la de su madre, en septiembre de ese mismo año; por su estancia en el Monasterio Trapense de Soligny, donde intenta en

vano llevar una vida monástica; por sus peregrinaciones a La Salette, lugar al que le conduce Tardif de Moidrey, sacerdote del cual Léon Bloy dirá mas tarde «que le debía lo más valioso de su pensamiento», la idea de ese «simbolismo universal», que había aplicado a la historia, a los acontecimientos contemporáneos y a su propia vida. De esta época data *Le Symbolisme de l'apparition*, que no verá la luz sino hasta 1925.

En junio de 1882, Anne-Marie Roulé enloquece, hecho que obliga a internarla. «A los treinta y ocho años da comienzo mi vida literaria, tras una juventud atroz y a continuación de una catástrofe incalificable que me había conducido a una existencia puramente contemplativa», anotará años después Bloy. En 1884, en efecto, publica sus primeras obras, *Le Révelateur du globe*, estudio sobre Cristóbal Colón que, a pesar del elogioso prefacio de Barbey, pasa casi inadvertido y *Propos d'un entrepreneur de démolitions*, analecta de artículos publicados desde finales de 1882 en *Le Chat noir*, segundo de sus títulos que provoca cierto escándalo por la violencia de sus ataques; otro tanto le sucede con el *Figaro* donde tras los aplausos iniciales ve como muy pronto se le rechazan sus artículos; crea entonces su propio diario, *Le Pal*, cuya publicación se interrumpe tras el cuarto número. Iniciada su composición en esta época, aparecido finalmente en 1887, *Le Désespéré* ofrece, a través de la transposición novelada, el retrato más fiel de la vida de Bloy hasta esa fecha; esta forma de expresión, medio autobiográfica, le complace entonces y se afana por escribir una segunda novela, *La Désesperée*, cuya heroína será Berthe Dumont, a quien conoció en 1885 y que morirá un año más tarde. Pero para ganarse la vida, vuelve al periodismo, publicando artículos, entre 1888 y 1889, en el *Gil Blas*, que recopilará años después bajo el título *Belluaries et porchers*, colaborando enseguida con *La Plume*. En abril de 1889 muere Barbey d'Aurevilly, en agosto Villiers de l'Isle-Adam, con el que Bloy había mantenido una sólida amistad desde hacía algunos años. A finales de ese mismo año, conoce a Jeanne Molbech, hija de un poeta danés, con la que contrae matrimonio al año siguiente. Defraudado por sus fracasos, abando-

na Francia en 1891 en dirección a Dinamarca donde pronuncia conferencias. En Copenhague, nace, en abril, su hija Verónica. En este tiempo se produce también la ruptura con Huysmmans so pretexto de su actitud inamistosa, siendo el verdadero motivo la aparición de *Lá-Bas*, obra en la que Bloy ve sus ideas y su persona caricaturizadas. Regresa a Francia en septiembre de 1891, con ocasión del proceso judicial que Peladin le había instado por un artículo. Meses después, los últimos amigos del círculo de Barbey (Buet, Landry, Louise, Read, etc.) lo «abandonan» también.

En 1892, aparece *Le Salut par le Juifs*, una de sus obras a la que concede mayor mérito; escrita para contradecir a Drumont, gira en torno a las ideas y a los sueños de Bloy, que ordena la historia del mundo en función de Israel. Ese mismo año, retorna al *Gil Blas*, al que entrega diversos relatos inspirados en la guerra de 1870, recopilados en 1893 con el título *Suer du Sang*, y una serie de cuentos, *Histoires désobligeantes* (1894). Esta colaboración se ve truncada a causa de una polémica en la que Bloy toma la defensa de Tailhade; los pormenores de este gresca pueden leerse en *Léon Bloy devant les cochons*.

León Bloy retoma entonces un antiguo proyecto de novela, pero el año 1895 se le tornó particularmente doloroso: en enero, su hijo André, nacido en febrero de 1894, muere repentinamente; otro hijo, Pierre, nacido en septiembre, muere unas semanas después. Bloy evocará todos estos sucesos en *La Femme Pauvre*, obra en la que, como en *Le Désespéré*, retrata, reelaborada, su propia vida. La redacción de esta narración concluye en marzo de 1897, mes en el que nace su hija Madeleine. Desde 1892, escribe, sin intención literaria, un diario; en 1895 piensa que de ese material puede sacar el germen de un libro; releyéndolo concibe el proyecto de una obra, a cuyo fin retoma el texto, aligerándolo y reescribiéndolo. *Le Mendiat ingrat* (1892-1895) se publica en 1898, al que seguirán otros siete volúmenes. Dado que ni *La Femme pauvre* ni *Le Mendiat ingrat* obtienen el éxito esperado, Bloy abandona de nuevo Francia para dirigirse a Dinamarca, país

en el que pasa dieciocho meses con su familia. Leyendo *Fecondité* de Zola que *L'Aurore* publicaba por entregas, toma notas de las que surgirá *Je m'accuse...* , panfleto en el que la crítica a Zola se mezcla con reflexiones sobre la política francesa y el asunto Dreyfus. Escribe también en Dinamarca *Le Fils de Louis XVI*. De regreso a Francia, en 1900, publica estas dos obras y prepara *Exégèse des lieux communs* que aparece en 1902; en una segunda serie de 1912 continuará este inventario, «libro terrible bajo su apariencia frívola» en el que se examinan una por una las frases hechas en las que se manifiesta la «necedad burguesa». La polémica se redobla con *Les Dernières Colonnes de l'Église*, estudio sobre los escritores católicos oficiales: Coppée, Brunetière, Bourget, Huysmans, etc. En 1904 se suceden *Mon Journal* (1896-1900), *Quatre ans de captivité a Cochons-sur-Marne*, crónica de los cuatro años pasados en Lagny, después del regreso de Dinamarca y *Belluaires et Porchers*, florilegio de artículos, tan antiguos algunos de ellos, que se remontan a 1888. En lo sucesivo, la vida de Bloy se confunde con su obra; limitémonos pues a una mera enumeración de los nuevos títulos y de los nuevos amigos que cada vez más lo rodean: Jacques y Raïssa Maritain, Van der Meer, Rouault, Ricardo Viñes, Georges Auriac, etc., algunos de ellos convertidos por obra de Bloy. De 1904 a 1911, en Montmartre, y después en Bourg-la-Reine, donde encontrará la muerte, escribe *L'Épopée byzantine* (reeditada más adelante con el título *Constantinople et Byzance*), ensoñación histórica a propósito de una obra de Schluberger; *Celle qui pleure* (1908), sobre la aparición mariana a los pastorcillos de La Salette; *L'Invendable* (1909), diario correspondiente a los años 1904-1907, *Le Sang du pauvre* (1909) que es, con *La Salut par les Juifs*, uno de los libros donde se concentra su pensamiento. *Le Vieux de la montagne*, quinto volumen de su diario, ve la luz en 1911; en 1912, *L'Âme de Napoléon*, y la segunda serie de *Exégèse des lieux communs*; en 1914, *Le Pelerin de l'absolu*, título que lamentará no haber puesto al conjunto de sus diarios.

La guerra marca profundamente su producción última, los dos volúmenes de sus diarios, *Au Seuil de l'apocalyse* (1916) y *La Porte des Humbles*, publicada póstumamente; y aún más en

el caso de *Jeanne d'Arc et l'Allemange* (1915), las *Meditations d'un solitaire en 1916* y la obra en la que trabajaba en el momento de su muerte, *Dans les ténèbres*. El tono polémico de esta parte de su obra choca y molesta a sus coetáneos y en él hay que buscar el fracaso momentáneo y la «conspiración de silencio» de la que se quejaba Bloy. Vistas a distancia, conservan más que nada su vigor y su sabor y se integran en el conjunto de su obra. La violencia, más que la cólera respecto de los que juzgaba, era para Bloy un arranque natural, una manera de abordar la realidad, un aliento que se advierte siempre y que confiere a su estilo el fulgor y la energía que le son propios. La unidad de su obra es de índole religiosa; hay que buscarla en la persecución de lo Absoluto, en la denuncia de las apariencias, que la obra novelística o histórica torna más patente que las «meditaciones» de los años postreros. Tanto en la historia de Napoleón o de Luis XVII, como en los personajes de sus novelas o en sus propios diarios, en los hechos de su propia vida, intenta Bloy dar con el sentido de su destino. A sus ojos, todo es símbolo, afirmación que vale tanto para el místico como para el poeta. Sabía sobradamente que los temas —novelísticos o históricos—, que las obras de los demás no eran más que pretextos para descubrir los grandes temas y las figuras que le atormentaban. A menudo había reconocido: «... el hijo de Luis XVI soy yo mismo, esto es, (...) que yo lo veo en mí, en el gran espejo negro que está en el hondón de mi corazón.» Esta imagen le resultaba muy familiar: la realidad (la historia, el mundo, él mismo...) es un «amplio y enigmático espejo» que el escritor tiene el deber de sondear.

Jacques Petit

EN TINIEBLAS[1]

[1] La primera edición de *En Tinieblas*, publicada por la editorial *Mercure de France* en 1918, se abría con este prefacio de la viuda de Léon Bloy:

«En la hoja parroquial de Bourg-la-Reine de diciembre de 1917 puede leerse:

«Han recibido cristiana sepultura...

«... 6 de noviembre, Señor Léon Bloy, 71 años...

«De entre los difuntos cuyos recientes funerales se han anunciado, séanos permitida una mención particular al Señor Léon Bloy, escritor vigoroso y original que nos lega una crecido número de obras. A otros les corresponderá hablar de la fogosidad de su polemismo, de las prendas de un estilo que suscitaba «la admiración de las personas cultas, incluidas las que se contaban entre sus adversarios.»

«A nosotros nos corresponde hablar del cristiano convicto al que veíamos todos los días en el comulgatorio hasta el instante mismo en que, vencido por la enfermedad, debió resignarse a permanecer en su casa. —Contaba con numerosos amigos, conversos algunos; uno de éstos me decía al siguiente día de las exequias. «Somos muchos los que, merced a él, hemos vuelto al redil.» Si su lenguaje incurrió en exageración o en violencia, Dios se apiadará de todo el bien que quiso hacer y del que efectivamente hizo.»

Esta mención lapidaria del óbito de Léon Bloy me complace.

Ha sido la Iglesia la que ha hablado por boca del humilde cura de su parroquia y ante la Muerte y a un paso de la Eternidad, a qué más puede aspirar un cristiano, sino a que se diga: «Dios se apiadará del todo el bien que quiso hacer y del que efectivamente hizo.»

Para vosotros amigos, conocidos y desconocidos, después de Dios, se ha escrito este libro. Ahí estabais, en derredor del anciano escritor, cual cortejo invisible, pues sólo le animaba el propósito de haceros el bien, justo hasta el momento, el 15 de octubre, en que la pluma rodó de su mano, dos semanas antes de su muerte.

Pero su espíritu no conoció descanso. Los dilatados capítulos que tenía en mente, para rematar la obra, se extendían ante él en sus noches en vela. A Los nuevos ricos debían seguirle Los nuevos pobres, dos capítulos más y luego una Conclusión.

Espoleada por la curiosidad de conocer el contenido de esta Conclusión, le pregunté un día por el mismo, respondiéndome: «Desearía mostrar cómo, antiguamente, todo cuanto era grande se hacía con medios minúsculos, mientras que lo que hacen hoy los hombres es siempre minúsculo, aunque lo hagan con grandes medios.»

Me parece que no contrario sus deseos remplazando los tres capítulos y la Conclusión inacabados por su estudio sobre el Ciego de nacimiento.

León Bloy tenía la intención de completar una serie de estudios bíblicos de este tipo. Esta tarea, bastante ardua, reclamaba una gran paz interior, ninguna inquietud particular y una vida casi contemplativa. No nos ha dejado más que notas sueltas, pero no es menos cierto que la esencia de su pensamiento respecto de una interpretación de las Escrituras que no deba nada ni a lo moral ni a lo histórico, sino al simbolismo puro, preside, para los que saben leer, todo su obra.

¿Pero la llave que abría el sentido absoluto de las divinas palabras, esa llave preciosa, quién, en lo sucesivo, sabrá manejarla?

Esto justamente es lo que nos aflige a nosotros, los amigos de su pensamiento inmortal.

Pues él no había recibido sólo un don al que podríamos llamar intuición sobrenatural; no, le fueron confiados también otros bienes en depósito. Estaba casi seguro de que cada vida esconde su abismo de tinieblas o de luz, secreto entre él y su Creador, sea o no consciente.

Durante toda su existencia, Léon Bloy arrastró el peso de su secreto, secreto deslumbrante y terrible para la debilidad humana.

En cuántas ocasiones no me diría: Le debo todo a esa intervención en mi vida. Un suceso insólito había abierto sus ojos y le fue dado penetrar el sentido de la Escritura.

¡No otro era el ciego de nacimiento! *Al igual que en el Evangelio, Jesús le había curado los ojos «con saliva» y él mismo, respondiendo a nuestras indiscretas preguntas, nos decía: «Una cosa sé, que habiendo sido yo ciego, ahora veo.»*

¡Que este libro encuentre su destino! El autor imprimió en él su sello, el del dolor.

Nuestra Señora de los Desamparados le dedicó el parlamento que figura en el capítulo III, que escuchó Léon Bloy una madrugada, y que transcribió al punto:

– «Tú y Yo, hijo mío, formamos el Pueblo de Dios. Estamos en la Tierra prometida y yo Misma soy esa tierra de bendición, como fui antaño el Mar Rojo que había que atravesar. ¡No olvides que mi Hijo llamó bienaventurados a los que lloran y a mí las generaciones me dicen Bendita porque he derramado todas las lágrimas y experimentado todas sus agonías! ¡Nada son las maravillas de Egipto, nada tampoco las maravillas del Desierto en comparación con las cosas admirables que te traigo para la Eternidad!».

En una muy dulce conversación que tuve con mi esposo, una de las últimas noches antes de su muerte, me dijo con un acento extraordinario: «Soy el único que sé la fuerza que Dios me ha dado para el combate.»

Nosotros que creemos en la Vida eterna, tengamos fe en que esta fuerza será empleada a la mayor Gloria de Dios.

JEANNE LÉON BLOY.
Bourg-la-Reine, 3 de diciembre de 1917.

I

EL DESPRECIO

¡Oh, el delicioso, el inestimable refugio! ¡Alivio para un corazón macerado en la angustia y el asco! El desprecio universal, absoluto, de hombres y cosas. Llegados ahí, cesa el sufrimiento o al menos se tiene la esperanza de no sufrir más. Se dejan de leer los diarios, se deja de oír el fragor de las ciénagas, se renuncia a saber nada nuevo y se aspira sólo a morir. Es el estado propio de un alma transida por el dolor que conoce a Dios y que sabe que no hay nada sobre la faz de la tierra en que apoyarse en nuestros espantosos días.

¿Hay que llegar a viejo para darse cuenta? No estoy seguro, pero es más que probable. El mal es inmenso, piensan los hombres que han superado los sesenta años, pero si echamos mano de esto o de aquello podemos poner algún remedio. No se dan a partido de que estamos atrapados en la red del más avieso de los cazadores y que sólo un ángel del Señor o un varón abastecido de milagros podrían librarnos.

La Fe yace tan yerta que cabe preguntarse si alguna vez la hubo, y que lo que hoy pasa por tal es tan necio y hediondo que la tumba es mil veces preferible. En cuanto a la razón, ha llegado a tal grado de miseria y de inanición que mendiga por los caminos y se mantiene con las sobras de la filosofía alemana. No queda más entonces que el desprecio, único refugio de las pocas almas superiores que la democracia no ha conseguido arrastrar.

He aquí un hombre que no espera sino el martirio. Sabe a ciencia cierta que un día le será dado elegir entre la prostitución de su pensamiento y los más horribles suplicios, pero él ya ha elegido. Entretanto, hay que esperar, vivir y no resulta fácil. Felizmente, existen la plegaria y las lágrimas y la calma

ermita del desprecio. Esta ermita se alza justamente a los pies de Dios, al abrigo de todas las concupiscencias y de todos los temores. Lo ha abandonado todo, como está mandado, renunciando incluso a la posibilidad de lamentarse por algo.

A lo sumo, sentiría la tentación de envidiar la muerte de quienes ya cayeron y entregaron su vida terrenal combatiendo con generosidad. Pero ese final llega a repugnarle, por ignominioso, tras haber concitado el aplauso de los cobardes y de los necios.

El resto es espantoso. La estupidez infinita de todo el mundo casi sin excepciones; la ausencia, jamás vista, de cualquier superioridad; el envilecimiento inaudito de la gran Francia de antaño, que implora hoy el socorro de las naciones sorprendidas de no temblar ante ella; y la sobrenatural infamia de los usureros de la carnicería, multitud incontable de logreros grandes y chicos, administradores soberbios o mercachifles de la peor estofa, que se embriagan con la sangre de los inmolados y se ceban con la desesperación de los huérfanos. Ha sido preciso llegar, generación tras generación, al umbral del Apocalipsis y verse convertidos en espectadores de una abominación universal no conocida ni por los siglos más oscuros para experimentar la imposibilidad absoluta de cualquier esperanza humana.

Sólo entonces, Dios, sabedor de la miseria de sus criaturas, otorga misericordiosamente a algunos de los que ha elegido para que sean sus testigos la suprema gracia de un desprecio sin tasa, del que únicamente quedan a salvo Él mismo en sus Tres Personas inefables y los milagros de sus Santos.

Cuando el sacerdote alza el cáliz para recibir la Sangre de Cristo, cabe imaginar el inmenso silencio de toda la tierra que el adorador supone colmada de espanto en presencia del Acto indecible que pone de manifiesto la inanidad de todos los demás actos, equiparables al punto a vanas gesticulaciones en las tinieblas.

La más horrible y cruel injusticia, la opresión de los débiles, la persecución de los presos, el mismo sacrilegio y hasta el desencadenamiento consecutivo de las lujurias del Infierno, todas esas cosas, en ese instante, se diría que dejan de existir, pierden su sentido si se las compara con el Acto Unico. No queda más que la avidez de sufrimientos y la efusión de las lágrimas espléndidas del gran Amor, anticipo de la beatitud para los novicios del Espíritu Santo que han fijado su morada en el tabernáculo del olímpico Desprecio de las apariencias todas de este mundo.

II

LAS APARIENCIAS

Creer que las cosas son lo que parecen, he ahí la más trivial de las ilusiones, ilusión universal que se ve confirmada, día tras día, por la impostura tenaz de nuestros sentidos todos. Sólo la muerte nos desengañará. En el instante mismo en que nos sea revelada nuestra identidad, tan perfectamente desconocida para nosotros mismos, inconcebibles abismos, dentro y fuera de nosotros, se descubrirán ante nuestros *genuinos* ojos. Los hombres, las cosas, los sucesos, nos serán finalmente declarados y cada uno podrá comprobar la afirmación de aquel místico que dijo que desde la Caída el género humano sin excepción se sumió en un profundo sueño.

Sopor prodigioso de las generaciones, con las incoherencias y deformaciones infinitas inherentes a todo sueño. Somos durmientes atestados de imágenes desdibujadas del Paraíso perdido, mendigos ciegos en el umbral de un palacio sublime de puertas condenadas. No sólo no logramos reconocernos unos a otros, sino que ni siquiera podemos distinguir, escuchando su voz, a nuestro prójimo.

Se nos dice: he ahí a tu hermano. ¿Ah, Señor, pero cómo podría reconocerlo en medio de esta multitud indiscernible y cómo sabría que es mi semejante, pues está hecho a tu imagen, si yo mismo desconozco mi propio semblante? A la espera de que te pluga despertarme, no cuento más que con mis sueños y casi siempre son pesadillas. ¡Con cuánta más dificultad podré desenmarañar las cosas! Creo en realidades materiales, concretas, palpables, tangibles como el hierro, inconcusas como el agua de un río y una voz interior surgida de las profundidades me confirma que no hay más que símbolos, que mi propio cuerpo no es sino una apariencia y que todo lo que me rodea es una apariencia enigmática.

Se nos ha enseñado que Dios nos ofrenda su Cuerpo para nuestro alimento y su Sangre para nuestra sed bajo las formas de la Eucaristía. ¿Por qué aspiramos a que se nos libere de un modo explícito, siendo como somos una porción ínfima de su creación?

Mientras que los hombres se agitan con las visiones del sueño, Dios es el único dotado de omnipotencia. Traza su Revelación en la apariencia de los sucesos de este mundo, y ése es el motivo por el cual la historia es tan cabalmente incomprensible.

Valga un ejemplo cercano. ¿Es posible imaginarse un analista mínimamente solvente de la guerra mundial, a la que desde hace tres años creemos asistir como testigos? Suponiendo que ese temerario no se hunda en la ciénaga infinita de los documentos, ¿cómo se las arreglará para componerlos de forma plausible? Basta pensar en ello, para que el corazón desfallezca y la razón se horrorice.

Dentro de algunos años, ¿qué quedará de los millones de soldados que el emperador alemán ha lanzado al mundo con orden de hollarlo y sojuzgarlo? ¿Qué quedará de ese criminal y de nosotros mismos? Polvo y un poema de desolación inaudito. Esa será toda la historia, toda la apariencia de historia. Los que vengan después no entenderán nada, salvo que el tiempo de la vida aparencial está tasado y que los sucesos son nubes más o menos negras, pero infaliblemente disipadas, hecho que no justificaba una prueba tan colosal.

¿Por qué, en ese instante, se apodera de mí el salmo *In exitu*[3] que habla de los «ídolos de las naciones»? He ahí una beldad infinitamente espiritual, adorada por la multitud, capaz, se dice, de hacer de menos a los santos. He ahí también un estadista afamado, universalmente admirado por su elocuencia y su penetración. ¡Ídolos ambos!

---

[3] Salmos, CXV, 4.

«Tienen boca», dice el Espíritu Santo, «y no articulan palabra; tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen; tienen narices y no huelen; con sus manos no tocan; con sus pies no caminan, ni emite sonido alguno su garganta. Y como ellos» añade «serán los que los hacen y todos los que a ellos se confían[4].»

Es ya un lugar común afirmar que el milagro es la restitución del orden[5]. ¡No hay sin embargo otro medio de demostrar lo perenne de las apariencias! Todo el mundo sabía que el cojo lo era de nacimiento. Pedro le dijo: «Ni plata ni oro tengo; pero lo que tengo eso te doy[6].» El tullido sanó al instante. ¿Qué tenía, el Príncipe de los Apóstoles, para dar y qué necesitaba ese infeliz? De sólo una cosa tenía necesidad, del *Paraíso terrenal.*

Pedro no había dejado de velar desde el canto del gallo pascual y el mendigo de la Puerta preciosa estaba profundamente dormido. Nada más verlo, Pedro le espetó con su autoridad irresistible: «Mírame[7]» y el adormilado, entreabriendo los ojos, contempló, por vez primera, la Integridad primordial, las colinas sobrenaturales del Jardín de las delicias, las fuentes de infinita pureza, las plantas salutíferas, las avenidas inefables de ese asiento de la Inocencia. Todo eso en el rostro y en los ojos del Pescador de hombres que Jesús había elegido.

No hacía falta más para disipar inmediatamente las apariencias y devolver la salud completa, la vida misma, a un infeliz que no sabía nada mejor que mendigar la ilusión de un mendrugo de pan a otros infelices como él que tenían la ilusión de poseer algo. Incluso se dice que la sombra de Pedro sanaba[8].

---

[4] Salmos, XV, 5.

[5] Afirmación de Joseph de Maistre contenida en su obra *Las Veladas de San Petesburgo.*

[6] Hechos de los Apóstoles, III, 6.

[7] Hechos de los Apóstoles, III, 4.

[8] Hechos de los Apóstoles, V, 15.

Impera ahora su 260 sucesor[9]. Ignoramos si tiene sombra o si él mismo es una sombra. Pero no se le atribuye ningún milagro y su rostro no evoca en nadie ni el más remoto recuerdo del Paraíso perdido. Es el único de los vicarios del Hijo de Dios que ha proclamado, *urbi et orbe*, la NEUTRALIDAD de Nuestro Señor Jesucristo. Se trata de una mera apariencia de papa, apenas más visible y ciertamente más horrible que las apariencias de emperadores, reyes o de repúblicas que se apretujan ante la roja puerta del Apocalipsis, cuyas hojas se abren cuan grandes son sobre la abominación del Infierno.

[9] El 260 sucesor de Pedro fue el papa Benedicto XV, que ocupó la silla de Pedro de 1914 a 1922, contra quien León Bloy desata todo su furor por su decisión de permanecer neutral respecto de las potencias beligerantes en la Primera Guerra Mundial. Bloy, en éste y en otros muchos escritos, le reprocha acerbamente que no apoyase la causa de Francia en detrimento de la de Alemania.

III

LA VOLUPTUOSIDAD

Vida y Muerte. Todo el mundo piensa o cree pensar que sólo esas dos palabras tienen un sentido exacto e indiscutible, pero los artistas y los poetas han abusado tanto de esos términos que ignoramos su significado preciso.

A no dudar, el aspecto de un cadáver bastaría para anular enteramente la idea trivial de la vida, pero la visión de un joven atleta no enerva ni un ápice la idea de muerte. Con harta frecuencia la refuerza y la torna fecunda hasta la obsesión.

Lo más seguro pasa por suspender el empleo de esos vocablos y hablar solamente del Gozo y del Dolor, cuya contingencia es, amén de inmediata, siempre probable. Es creencia común que lo contrario del gozo es el dolor y que esas dos impresiones del alma y del cuerpo son excluyentes, motivo por el cual se las opone. Típico recurso literario.

¿Cómo hacer entender que a cierta distancia son la misma cosa y que una alma heroica las asimila con facilidad suma? ¿Pero dónde se encuentran hoy las almas heroicas? Harto sé que el heroísmo puede hallarse hoy, al menos en grado rudimentario, en nuestros combatientes, pero el heroísmo integral, de una pieza, el heroísmo con marchamo de eternidad, dónde puede hallársele? El del cristiano cabal que renuncia a cuanto tiene por amor de Dios antes de dar algo por su patria, puede contarse con los dedos de una mano.

El conflicto de esas dos potencias es permanente, es la historia misma de la humanidad. Siempre han existido gozantes y dolientes. Y ha existido, sobre todo, la inmemorial alternancia del gozo y del dolor y sus infinitas distribuciones. Aunque eso es propio de la multitud.

Las almas superiores son ajenas a esa fluctuación. Residen demasiado alto como para que las inquiete ninguna ola. Reciben con indiferencia lo que por convenio conocemos como dicha o desgracia. Se resignarían a gozar, si así Dios lo manda, pero prefieren el dolor y el dolor es su gozo acabado. Constituye un placer tal que para esas benditas almas no hay ni consuelo ni esperanza comparable, cuando golpes inesperados rompen o mancillan momentáneamente el barro que son. Entonces es cuando se gozan en el sufrimiento, ceden a la concupiscencia de los tormentos, y la misma inmensidad de su pena se torna en su plenitud, ignorantes de los conflictos de las demás almas.

¡El gozo de sufrir! Sentimiento ignorado en el Paraíso terrenal, imposible de conocer antes de la «*felix culpa*», por la cual vendrá la exultación de todos los que permanecen dormidos.

¡Sería necesario haber abofeteado a Jesús! ¡Haberlo ultrajado con saña, denostado, negado, crucificado! ¡Sería necesario no sentir piedad por el Cordero de Dios, haberlo azotado atrozmente, haber sembrado de espinas su Cabeza misericordiosa con horrible sevicia!

De otro modo, cómo entender la voluptuosidad de las torturas, la inexpresable delicia de ser desgarrado por bestias, de caminar por sobre brasas, de sentir la calentura del aceite hirviendo y de tener, al tiempo, el corazón macerado por todas las ruedas de molino de la ingratitud y la injusticia, hasta el momento en que la Virgen Dolorosa, la Misma que llora desde hace sesenta años en su montaña[10], venga en persona a tomar

---

[10] Referencia a la aparición de la Virgen a unos pastorcillos, llamados Melania y Maximino, ocurrida en la aldea francesa de La Salette-Fallavaux, situada en el monte del mismo nombre, distrito de Grenoble, el 19 de septiembre de 1846. Bloy censuró a la Iglesia católica francesa de su tiempo por no atender los mandamientos de la Virgen y, sobre todo, por negarse a revelar al pueblo de Dios los terribles males y las extraordinarias calamidades que ésta anunció que caerían sobre el mundo como castigo por sus pecados. Para

en sus brazos esos suplicios y a oprimirlos contra su corazón, susurrándole al oído: —Tú y Yo, hijo mío, formamos el Pueblo de Dios. Estamos en la Tierra prometida y yo Misma soy esa tierra de bendición, como fui antaño el Mar Rojo que había que atravesar. ¡No olvides que mi Hijo llamó bienaventurados a los que lloran y a mí las generaciones me dicen Bendita porque he derramado todas las lágrimas y experimentado todas sus agonías! ¡Nada son las maravillas de Egipto, nada tampoco las maravillas del Desierto en comparación con las cosas admirables que te traigo para la Eternidad!

---

conmemorar tan milagroso suceso, se levantó en ese monte una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora de La Salette, destino desde entonces de numerosos romeros. Por las inmediaciones corre un arroyo que, según los creyentes, brota del lugar donde cayeron las lágrimas de la Virgen. Sus aguas, consideradas milagrosas, tienen la propiedad de curar las enfermedades. La pasión de Bloy por esta aparición mariana, refrendada por la Iglesia, pero no obstante prentendida para algunos, que la tachan de pura y simple supercheria, tuvo su reflejo en obras como *Celle qui pleure*, *La Vie de Melanie* y *Le Simbollisme de l'Apparition*.

IV

LA ESPERA

Sea así, pues. Aguardaré el supremo Dolor, el sublime Dolor, la Consolación sin fin. ¡Pero cuánta fuerza requiere la espera! Habré de aguantarlo todo, sobrellevar gozos y dolores bastardos. La Mediocridad plantará sobre mi corazón su pata de elefante y no me quedará siquiera el recurso vulgar de esperar la muerte.

Pues no admite duda que estoy hecho para esperar sin fin y para consumirme esperando. Después de medio siglo pasado, no estoy capacitado para nada más.

¿Qué son la parrilla y el cilicio en comparación, por ejemplo, con la ignominia conminatoria de un recibo de alquiler, o de una factura; con la pestilencia de una charla mundana; con la contagiosa podredumbre de una alma burguesa; con los efluvios letales de los ineludibles apretones de manos?

¿Qué atrocidades, por diabólicas que sean, de verdugos chinos o persas pueden equipararse con la muerte lenta inferida por la necedad victoriosa o por el repugnante triunfo, infalible siempre, de los inferiores?

¿Cómo aguantar, en fin, el horror completo de la sentimentalidad religiosa que ha sustituido por doquier a la Caridad en las prácticas más virtuosas de la palabra y la literatura?

¿Suponiendo incluso un medio estrictamente admisible de pensamientos, de sentimientos o de actos a la altura de los tiempos, cómo puede ofrecérsele a las almas infinitas que no dicen nunca: «¡Es bastante!» y que se tienen por hijos de Dios?

Esperemos sin embargo, transijamos con cualquier cosa, si así lo manda el Paráclito, representará una excelente preparación con miras a la ebriedad futura de las espléndidas Tribulaciones.

V

EL TERROR

Coepit pavere. Jesús comenzó a sentir terror, dice San Marcos[11]. El Maestro conoció pues el terror. Tembló viendo aproximarse la hora de su Pasión y su angustia llegó al grado de sudar sangre. Un terror que llega al extremo de sudar sangre, no cabe en cabeza humana. Un terror así resulta inconcebible. Considerémoslo, pues. Un terror divino, una agonía de terror sacudió a la *Luz* del mundo. Fue necesario, de toda necesidad, que traspasase infinitamente los terrores todos, como Jesús ha traspasado las cosas todas. Trátase de un terror triunfal, valga la expresión.

La insuficiencia de las palabras humanas es aquí tanto más palmaria cuanto que se trata de algo oprobioso, de una ignominia extrema que repugna esencialmente a la Gloria. El Redentor se espanta de su sacrificio y aún más de las consecuencias de su sacrificio, vano para los más. Plenamente consciente de que ese cáliz le corresponde, ruega a Dios no obstante que lo aparte de sí, si cabe. Mas hay que beberlo, apurarlo hasta las heces y sumirse por su medio en una sima de oprobio, antesala de la nada, que horrorizaría a los más abyectos bribones.

¿Cómo entonces no he de sentir terror yo, que soy un infeliz? Lo confieso lisa y llanamente, humildemente, siento un miedo cerval. No temo sólo por mi cuerpo que podría muy bien ser pasto de atroces suplicios, sino que temo sobre todo por mi alma que no podrá eludir de ningún modo su destino de espectadora de las infernales inmolaciones que se avecinan. Harto nos ha avisado la Madre de Dios[12] y el crimen clerical de

---

[11] Marcos, XIV, 33.

[12] Bloy alude de nuevo a los anuncios de la Virgen en su aparición de La Salette.

silenciar su Voz no es precisamente el más indicado para aplacar la indignación de Aquél cuya cólera Ella anuncia.

Hoy, la Montaña de La Salette que amenaza al mundo con su desplome, tras sesenta y ocho años de sacudidas, se precipita por fin con un estrépito enorme y no parará hasta el fondo del abismo, destruyéndolo todo. Podemos aún implorar la gracia del arrepentimiento, si queda algo que no haya sido alcanzado por la abominación, pero pronto no podremos siquiera hacer ofrenda de una vida que no nos pertenecerá.

«Será tiempo de tinieblas», dice la Santísima Virgen, «la profanación de los lugares sagrados, la putrefacción de las flores de la Iglesia y la entronización del Demonio en los corazones. Se desatará una guerra mundial espantosa. No veremos más que crímenes y se oirán sólo las detonaciones de las armas y las blasfemias. Desierto será la tierra...[13]»

Ya se dejan ver los preludios de los horrores venideros. Y eso por no hablar del hambre y de la peste que están llamadas a ser más letales que el cañón, ni del egoísmo diabólico de un enorme número de hijos del demonio prontos desde siempre a todas las torpezas o injusticias lucrativas ni de la desesperación de las enfurecidas multitudes.

¿Ese momento no lo detendrá una práctica de la que, hasta hoy, ningún santo parece haberse apercibido, a saber, la Imitación del Sagrado Temor de Jesucristo en el Huerto de su Agonía?

¿Qué será de los contados hijos de Dios que las primeras matanzas nos arrebatarán? Ignoro si todos ellos tendrán miedo, pero sé bien que tiemblo anticipadamente por mí mismo y por muchos otros que no ven lo que desde hace cuarenta años salta a la vista.

---

[13] Bloy reproduce aquí fragmentos del mensaje que la Virgen, en su aparición de La Salette, transmitió supuestamente a los pastorcillos Melania y Maximino.

No hay duda de que la historia es un cúmulo de abominaciones, pero éstas fueron siempre intermitentes y localizadas. Mientras en Asia naciones enteras se exterminaban, en Occidente otras merecían unas jornadas o unos años de paz. La Cólera conocía interrupciones, sobresaltos, traslaciones súbitas, retornos imprevistos. Avanzaba dando tumbos, descargando de repente aquí o allá, dando gracias a Dios cuando momentáneamente se aplacaba.

Ahora campea sobre el orbe entero. Es como un nubarrón inmenso a ras de tierra que lo cubre todo, sofocando cualquier esperanza de escapar a su destrucción. Algo no muy distinto de lo que debió ocurrir en la víspera del Diluvio cuando Noé construía el Arca que salvaría tan solo a ocho almas[14]. La amenaza es tan terrible que la inconcebible ceguera de los videntes hará las funciones de venda. ¡Qué grito de agonía no lanzará el mundo cuando el velo de las apariencias quede rasgado y nos sea dado ver de repente el corazón del Abismo!

[14] Génesis, VII, 13.

VI

EL CORAZÓN DEL ABISMO

¿Cómo hay que entender esta locución: *el Corazón del Abismo*? La Biblia, un abismo ella misma, invoca el abismo desde sus versículos iniciales, declarando que al principio había tinieblas sobre la faz del abismo[15]. En un salmo se dice que los juicios del Señor son como el abismo inmenso[16] y en otro que su vestido es el abismo[17]. El mismo Señor pregunta a Job si se ha paseado por el fondo del abismo[18] y el profeta Habacuc habla del grito del abismo en su célebre cántico[19]. El Evangelio, en fin, refiere que la legión de demonios que poseía a un infeliz rogó a Jesús que no la mandase ir al abismo, sino que le permitiera entrar en una piara de cerdos que pacía en el monte, precipitándose inmediatamente por un despeñadero[20].

La palabra abismo ocupa un lugar tan singular en la Revelación que uno está tentado de pensar que se trata de un pseudónimo de Dios y que el corazón de este abismo no es sino el Corazón de Dios, el Sagrado Corazón de Jesús, adorado por la Iglesia toda. En él debemos aguardar a ver cuando se agoten las cosas visibles. Si hasta los mismos demonios tienen miedo, ¿qué temblores no sentirán los humanos? En el momento de la Pasión, pudieron ultrajar su Faz, envuelta entonces en tinieblas, ¿pero qué poder tienen sobre su Corazón?

Sea todo lo más grande o lo más grandioso. Sea el Himalaya, del que se afirma que ni aún veinte elevaciones como el Pic du Midi componen una escalera bastante para co-

---

[15] Génesis, I, 2.
[16] Salmos, XXXVI, 7.
[17] Salmos, CIV, 6.
[18] Job, XXXVIII, 16.
[19] Habacuc, III, 10.
[20] Lucas, VIII, 31.

ronarlo. Sea la terrorífica majestad del Océano polar, en el momento en que una infinita tempestad agita violentamente sus inmensas placas de hielo, bajo la difusa claridad del ocaso. Sean las más pavorosas convulsiones del globo, los más inconcebibles temblores de tierra como los que azotaron, en el siglo VI, a Iliria o Siria, haciendo sucumbir en apenas un instante provincias enteras y populosas ciudades, la corteza terrestre entreabriéndose ávida de personas y haciendas para cerrarse al punto con tal estrépito que sus ecos llegaron hasta Constantinopla.

Sean también las grandezas humanas, las colosales edificaciones de Indochina o de Java, comparadas con las cuales las ciclópeas construcciones de los pelasgos o de los egipcios resultan insignificantes. Sean también nuestras sublimes catedrales que la barbarie alemana quiere derruir, y el prodigioso canto de todas las artes del Occidente; las pinturas de los hombres primitivos y las sinfonías de Beethoven, Dante y Shakespeare, Miguel Ángel o Donatello. Sea, para acabar, Napoleón, por no mencionar a la luminosa muchedumbre de los Amigos de Dios.

¡Todo eso es infinitamente accesorio ante el esplendor, el poder y el anonadamiento del alma; el valor de esas cosas y esos hombres es cero cuando se para mientes en el Corazón del Abismo!

Una piedad rampante y vil hipnotizada por las apariencias ha mancillado a más no poder ese misterio de dilección y de horror con imágenes cuya villanía pueril e irreverente realismo provocan el llanto de los Ángeles que circundan los altares. Pero lo Absoluto, la Irrefragable morada, es el inmenso abismo que tenemos al lado, a nuestro alrededor, en nosotros mismos. Para descubrirlo es indispensable ser precipitado en él. Ni el milagro ni la transcendencia mística bastan. Es fama que Pascal lo veía sin cesar, pero era el abismo negro de su jansenismo, y en modo alguno el abismo de luz cuya sola vislumbre basta y sobra para matar a los santos.

A un viejo eremita mitad egipcio mitad escita, pero que veneraba a Dios con toda la sencillez de su corazón, se le ocurrió pedir permiso a Dios para pasearse por el fondo del Abismo. Regresó después de un siglo para morir de admiración y al pie del sicomoro de la ciencia donde fue sepultado brotaron retoños de la talla de San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Gregorio Magno, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo y de los demás portadores de luz.

VII

LOS CIEGOS

La muchedumbre infinita, la población toda del globo, todos ciegos. No sólo el mundo entero duerme, sino que a fuerza de dormir, el mundo entero se ha quedado ciego, incluso en los mismos sueños, de suerte que, de despertarse, lo hará a ciegas, acometido por el miedo horrible de caer en algún hoyo. Pero lo más chocante de esta universal ceguera, es que los más ciegos son precisamente los clarividentes, los que pasan por ver más allá que los demás, por ver antes que los demás.

Entre los antiguos judíos, o mejor entre los antiguos israelitas de la Biblia, anteriores a la fundación de Roma, se llamaba *vidente* al profeta. Cuando el peligro acechaba, se pedía consejo al Vidente y éste al Señor.

Hoy nada es igual. Los videntes modernos carecen de Dios al que consultar. No lo necesitan. Les está vedado, además, elevar su mirada, la Revelación democrática lo prohíbe taxativamente. Ha de bastarles con interrogar a la Opinión. Bajan los ojos, fijando la mirada en los puntos o en las tinieblas más densas. Pueden augurar con autoridad plena como aquel afamado novelista que dijo, poco antes de la guerra, que no había que temer más a la barbarie, pues el Estado Mayor alemán era un valladar infranqueable.

De tres años a esta parte, no faltan profetas de tamaño vigor y tamaña agudeza. Puede afirmarse incluso que hay tantos videntes como electores. Tal ha de ser el cabal cumplimiento, pasados veinte siglos, de las palabras de las Sagradas Escrituras: «Después de esto, derramaré mi espíritu sobre toda carne, profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, sueños soñarán vuestros ancianos y visiones verán vuestros jóvenes[21].»

---

[21] Joel, III, 1.

Si hacemos caso de ese texto, llegarán por su paso, si es que no han llegado ya, y a porfía, prodigios en el cielo y en la tierra; «sangre, fuego, humaredas» y en fin «el Gran Día del Señor», que no podía ser otro, claro está, que la triunfante democracia universal.

Lo confieso, añoro los años, ya tan lejanos, en los que se podía salir, incluso en los peores momentos, sin exponerse a tropezarse con profetas; en los que conocí a seres sencillos y humildes —en gran número— que no se consideraban soberanos ni dioses y cuya fatídica perspicacia se limitaba a anticipar modestamente ciertos meteoros o a rogar con fervor cuando se anunciaban calamidades. Entonces, no todos lo sabían todo. Los más reputados zapateros no se jactaban de poder conducir ejércitos a la victoria y era posible hallar un considerable número de albañiles y de barrenderos que no aspiraban a ocupar las carteras de hacienda o de marina.

Estoy hablando, claro, de la época anterior a la Comuna, en la que el sentido del ridículo connatural a Francia aún no se había extinguido por completo. Muchas personas mantenían la compostura y ni el parloteo incontinente ni tampoco el furor sectario constituían recomendaciones infalibles. Se dormía, qué duda cabe, y se tenían sueños, pero cada cual en su lecho sin pretender que sus sueños prevaleciesen. Todo eso ocurrió hace tanto, lo vuelvo a repetir, que la generación presente nunca lo ha oído y no puede por tanto entenderlo.

Hoy, tras el fracaso de tantas experiencias necias y criminales y la imposibilidad irrebatible de aguardar un punto de equilibrio, se ha formado una especie de callo de insensibilidad en los unos, y de estupidez en los otros. Tras las primeras convulsiones del horror y la fatal resignación ante los más gravosos sacrificios, la voluntad se ha enervado. Se acepta un futuro incierto. Completamente ciegos, se cierran los ojos por *clarividencia*, por conocimiento. Se afirma que el mal, por enorme que sea, tendrá un fin que nadie precisa. Se aguarda una paz cualquiera, resignada de antemano a las humillaciones más temibles.

Y, sin embargo, se espera la llegada de Alguien, Alguien nunca visto cuyos pasos me parece oír en el fondo del abismo. La divina Francia, el Reino de María no puede perecer, es menester que Él venga. Cuando al fin Él se presente, cuando Él llame a la puerta de los corazones con la divina Espada a guisa de aldaba, el despertar de los ciegos será prodigioso.

VIII

UN ALARIDO NOCTURNO

«¿Por qué estas triste, alma mía, y por qué me turbas?[22]» Viajaba por Normandía o por Bretaña. El tren atravesaba sordamente la opaca noche y mi tristeza era infinita. Acababa de leer el relato de una de esas inmolaciones terribles que hacen parecerse a Francia a un inagotable surtidor de sangre. Algunos de mis seres queridos habían sucumbido y rogaba en mi interior a la Virgen de los Desamparados y a los Ángeles plañideros que me surtieran de lágrimas bastantes para lavar todos esos pobres cadáveres, ya sin alma, que ni siquiera merecían la caridad de una sepultura.

De repente, se hizo un gran silencio. El tren se paró en seco en pleno páramo, como tantas otras veces, sin duda para dejar pasar un convoy de heridos o moribundos. Entonces, sí, entonces, ocurrió algo terrible. De las entrañas de ese paisaje desconocido, sepultado por las tinieblas, se oyó el alarido de un hombre que revelaba un dolor indecible. Ese sollozo, al principio débil y que hubiera podido tomarse por el gemido de una ave devorada por cualquier rapaz nocturna, se amplificó enseguida, revelando el paroxismo del sufrimiento humano.

Y no se trataba, no, del sufrimiento del cuerpo humano, sino del sufrimiento del alma, la desolación sin tasa de una madre que ha presenciado el degollamiento de sus hijos y que no encontrará ya nunca consuelo. No sabría expresar la angustia que transmitía ese lamento proferido en la oscuridad y que se extendía por toda esa región invisible.

No era un lamento articulado, sino, como digo, un alarido enorme, convulso, propio del instante de la muerte, un pánico

[22] Salmos, XLIII, 5.

de aflicción, que se diría universal, que recordaba acaso lo referido por los antiguos respecto del duelo de las mujeres de pueblos bárbaros velando a sus difuntos. Sin embargo, esta equiparación clásica, de la que no fui consciente, quedaba en entredicho por un no sé qué de augusto, de cristiano, que sobrenaturalizaba el tormento, y que hacía estallar mi corazón de compasión...

El tren reanudó la marcha y no volví a escuchar el horrísono lamento. Los demás pasajeros dormían profundamente y recuerdo que tardé algún tiempo en caer en la cuenta de que el destinatario de ese alarido era únicamente yo.

Pasado un tiempo, recorrí otras varias regiones, Orleáns, Turena, Perigord, Auvernia, los departamentos del Mediodía. Por doquiera el milagro se renovaba. Por doquiera idéntico alarido en la noche profunda e idéntico sopor en los demás pasajeros. ¡Acabé por comprender que se trataba de la gran Francia de antaño que lloraba en mí, la infeliz anciana madre de todos los hijos de Francia!

IX

EL DOLOR

En este siglo tan abandonadamente sensual, si hay alguna cosa que recuerde en algo a una pasión violenta, es el odio al Dolor, odio tan profundo que llega a confundirse con la esencia del hombre.

Esta antigua tierra sembrada antaño de Cruces por todos los lugares por los que pasaban los hombres y en la que, como dice Isaías, *germinaba* el signo de nuestra Redención, es llevada al desgarro y a la devastación para forzarla a proporcionar la felicidad a la raza humana, a este ingrato linaje del dolor que no desea sufrir más.

Si hay algo universalmente inflexible, es esta ley del sufrimiento ínsita a todo hombre, yuxtapuesta a la conciencia de sí propio, que preside el desarrollo de su libre personalidad y que gobierna tan tiránicamente su sentimiento y su juicio, que los antiguos, horrorizados, la tenían por el Dios ciego de su Panteón, al que adoraban bajo la terrible advocación del Destino.

La pura y simple verdad que enseña el catolicismo es que es necesario de todo punto sufrir para *salvarse* y esta postrer palabra lleva consigo una *necesidad* tal que toda la lógica humana, auxiliando a la metafísica más transcendente, no atinaría a explicar.

Dios, habiendo comprometido el hombre su salvación eterna por lo que conocemos como Pecado, quiere que entre así en el orden de la redención. Dios lo quiere infinitamente. Se desata entonces un combate terrible entre el corazón del hombre, que quiere huir por mor de su libertad, y el Corazón de Dios, que quiere adueñarse del corazón del hombre por mor de su

poder. Es creencia común que Dios no precisa de toda su fuerza para doblegar a los hombres. Esta convicción acredita una ignorancia supina y honda de lo que es el hombre y de lo que es Dios en relación a él. La libertad, ese don prodigioso, incomprensible, incalificable, por el cual nos ha sido dado vencer sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, dar muerte al Verbo hecho carne, apuñalar hasta siete veces a la Inmaculada Concepción, ahuyentar con una sola palabra a los espíritus todos que pueblan los cielos y los infiernos, contener la Voluntad, la Justicia, la Misericordia, la Piedad de Dios en sus Labios e impedir que descienda sobre su obra, esta inexpresable libertad no es otra cosa que el respeto de Dios por sus criaturas.

Inténtese por un momento concebir esto: el *¡respeto de Dios!* Y ese respeto llega a tal extremo que nunca, desde la gracia, se ha dirigido a los hombres investido de autoridad, sino muy al contrario con cortedad, con dulzura, e incluso añadiría con la obsequiosidad, a prueba de desalientos, de un pordiosero. Por designio, inescrutable e inconcebible a más no poder, de su eterna voluntad, se diría que Dios ha renunciado hasta la consumación de los tiempos a ejercer, respecto de sus vasallos y súbditos, su derechos como señor y soberano. Para tomar posesión de nosotros ha de recurrir a la seducción, mas si Su Majestad no nos agrada, podemos apartarla de nuestra presencia, cruzarle la cara, darle de latigazos y crucificarla con el aplauso de la canalla más vil. No presentará defensa recurriendo a su poder, sino solamente echando mano de su Paciencia y de su Belleza, y ahí empieza el terrible combate del que hablaba hace un momento.

Entre el hombre revestido indeliberadamente de libertad y un dios deliberadamente despojado de poder, el antagonismo surgirá de inmediato, el ataque y la resistencia tenderán a equilibrarse razonablemente, siendo esa perpetua lucha de la naturaleza humana en contra de Dios el manantial inagotable del Dolor.

¡El Dolor, palabras mayores! ¡He ahí el camino para toda vida humana sobre la tierra, el ápice de toda preeminencia, el cedazo de todo mérito, el criterio infalible de todo adorno moral! Nos re-

sistimos a creer que el dolor es completamente necesario; desbarran quienes afirman que el dolor es útil. La utilidad tiene siempre carácter adjetivo y contingente, mas el dolor es *necesario*. Es la espina dorsal, la médula de la vida moral. El amor se reconoce en esa señal y cuando esa señal falta, el amor no es más que la prostitución de la fuerza o de la belleza. Alguien me ama cuando ese alguien acepta sufrir por mí o por mi causa. En otro caso, ese alguien que pretende amarme no es sino un usurero sentimental que desea establecer su ruin negocio en mi corazón. Una alma noble y desprendida persigue arrebatadamente, con delirio, el dolor. Cuando una espina la hiere, la clava aún más para no perder ni un adarme de la amorosa voluptuosidad que ésta puede proporcionarle, desgarrándola más profundamente. ¡Nuestro Salvador Jesús padeció a tal extremo por nosotros que fue preciso, no cabe duda, un convenio entre su Padre y Él para que no nos fuese vedado, en adelante, referirnos sin más a su Pasión y para que la mera mención de ese Hecho no constituyera una blasfemia tan enorme que redujera el mundo a polvo!

¡Y bien, somos, vaya si somos, Señor Nuestro Dios, los MIEMBROS de Jesucristo! ¡Sus miembros! Nuestra irreferible miseria consiste en tomar siempre por meros signos o símbolos sin vida las declaraciones más transparentes y más vivas de las Sagradas Escrituras. Creemos, pero no *sustancialmente*. ¡Es menester que las palabras del Espíritu Santo nos traspasen y se introduzcan como plomo fundido en la boca de los parricidas o de los blasfemos! ¡No alcancemos a ver que somos los miembros del *Varón de Dolores*[23], del Hombre sin Alegría, ni Amor, Verdad, Belleza, Luz y Vida supremas porque es el Amante eternamente extraviado por el supremo Dolor, el Peregrino del postrer suplicio, venido, a través del infinito, del fondo de la eternidad para echar sobre sí y apilar sobre su cabeza, en una unidad espantosamente trágica de tiempo, lugar y persona, los tormentos todos, acumulados en cada uno de los actos que han realizado los hombres durante cada segundo, sobre toda la faz de la tierra, en sesenta siglos!

---

[23] Isaías, LIII, 3.

Los Santos conocen que la mera revelación de un solo minuto de los sufrimientos del infierno bastaría para fulminar al género humano, disolver el diamante y detener el sol. Ahora bien, he aquí lo que puede inferir la razón por sí misma, la más frágil razón que puede palpitar bajo la divina luz:

Todos los sufrimientos que ha acumulado el infierno durante toda la eternidad quedan *en nada* ante la Pasión, porque Jesús sufre en el Amor y los réprobos sufren en el Odio; porque el dolor de los condenados es finito y el de Jesús es infinito; porque, en fin, si cabe imaginar que algún exceso ha faltado en el sufrimiento del Hijo de Dios, cabría pensar que algún exceso ha faltado a Su amor, lo que es absurdo a ojos vista y blasfemo, pues Él es el Amor mismo.

He ahí el principio de toda medida de las cosas. Declarándonos miembros de Jesucristo, el Espíritu Santo nos reviste de la dignidad de Redentores y, cuando rehusamos el sufrimiento, incurrimos en simonía y prevaricación. Hemos sido hechos para eso y únicamente por eso. La sangre que derramamos afluye sobre el Calvario llegando a toda la tierra. ¡Si esa sangre está emponzoñada, caiga sobre nosotros la maldición! Cuando lloramos —el llanto es «la sangre de nuestras almas»—, nuestras lágrimas empapan el Corazón de la Virgen y éste comunica ese líquido a todos los corazones vivos. Nuestra condición de miembros de Jesucristo y de hijos de María nos enaltece tanto que podemos anegar el mundo con nuestro llanto. ¡Malditos y tres veces malditos, pues, si ese llanto está contaminado! Todo en nosotros es idéntico a Jesucristo, a cuya semejanza estamos natural y sobrenaturalmente hechos. Cuando rehusamos una aflicción, adulteramos a más no poder lo que hay en nosotros de más esencial, dejando penetrar en la Carne misma y hasta en el Alma de nuestro Dueño y Señor un elemento profanador que le es preciso expulsar de Sí mismo y de todos sus miembros a costa del redoblamiento inconcebible de sus tormentos.

¿Lo anterior, se entiende fácilmente? No lo sé. El núcleo de mi pensamiento es que en este mundo caído todo gozo se ma-

nifiesta en el orden natural y todo dolor en el orden divino. Teniendo en cuenta los cimientos de Josafat, teniendo en cuenta lo perecedero de todo, los desterrados del Paraíso no pueden aspirar más que a la sola dicha de sufrir por Dios. La genealogía de las virtudes cristianas ha prendido en el Sudor de Getsemaní y en la Sangre del Calvario. San Pablo nos exhorta a conocer sólo a Jesús Crucificado, pero nosotros nos resistimos. Olvidamos muy a menudo que sólo disponemos, en la vida moral, de una categoría para entender y para explicar todo y esa categoría es el Dolor, la esencia divinamente condensada de todo dolor, imaginable e inimaginable, represada en el vaso humano más valioso que la Sabiduría eterna ha podido nunca concebir y dar forma.

El criterio que debe abarcar y resumir finalmente en los tres órdenes de la naturaleza, la gracia y la gloria es de una simplicidad absoluta y rayana, de tan sublime, en la monotonía: la esencia de la Pureza es el Varón de Dolores; la esencia de la Paciencia, el Varón de Dolores; la Belleza, las Fuerzas infinitas, el Varón de Dolores; la Humildad, el más insondable de los abismos, y la Dulzura, más ancha que el Pacífico, residen en Él; el Camino, la Verdad y la Vida es Él: *omnia in ipso constant*[24]. Desde la cima de esta Montaña simbolizada, se diría, por la Montaña de la Tentación, se divisan todos los imperios, o lo que es lo mismo, todas las virtudes morales invisibles desde cualquier otro punto, y sólo el amor, el máximo, el apasionado, el arrebatado Amor puede dar fuerzas para alcanzarla.

Los Santos han perseguido la Sociedad de la Pasión de Jesús. Han tomado por buena la Palabra del Maestro cuando dijo que nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos[25]. En todas las épocas, las almas encendidas y magníficas han creído que para *hacer lo suficiente*, hay que *hacer demasiado*, y que de este modo se han arrebatado al Reino de los Cielos...

---

[24] Colosenses, I, 17: «...y todas las cosas en él subsisten».
[25] Juan, XV, 13.

X

EL CAÑÓN

Mientras escribo, oigo el cañón. El viento me trae su sonido desde muy lejos. Bien que sordas en extremo, las detonaciones cambian y me digo que cada una de ellas me anuncia la muerte de un crecido número de hombres.

Y es que un torbellino de almas, afligidas o gozosas, pasa junto a mí, en pos de su propio lugar, *in locum suum*, según la temible expresión de las Sagradas Escrituras refiriéndose a Judas[26]. Pues es sabido que las almas de los difuntos conocen de inmediato adónde deben ir a parar y acuden allí raudas y veloces.

¿Pronto las seguirá la mía? Sólo Dios lo sabe. Nadie puede decir ni la hora ni el lugar. Mientras espero, no dejo de pensar, pofiada y dolorosamente, en esa muchedumbre en peregrinación hacia lo Incógnito, que pasa en masa rozando la mesa en la que me esfuerzo en escribir para consuelo de algunos vivos que serán muy pronto, también ellos, difuntos.

Nunca se había visto tal número. Obra es del cañón, soberano abastecedor de abismos de tinieblas y de abismos de luz. Este ingenio del linaje de Caín no existía hace quinientos años. La artillería que Napoleón empleó en Wagram o en Waterloo, comparada con la actual, causa una gran lástima.

Antes del cañón, exterminar a un ejército constituía una tarea ímproba. El pan de la matanza se ganaba con el sudor de la frente de los mercenarios. Hoy en día se puede acabar en apenas unas horas con cincuenta mil hombres y reanudar la tarea el día siguiente. Pero no es más que un desgaste, una

[26] Hechos de los Apóstoles, I, 25: «...para irse a su propio lugar.»

destrucción lenta de consecuencias imperceptibles, si consideramos la innumerable masa de combatientes de todo el orbe luchando unidos contra una nación execrable.

Con todo, la exterminación vendrá, vendrá como la Voluntad divina sobre las olas del mar o sobre las espaldas de las montañas que se desplazarán, si fuera preciso, como lo haría el más dócil de los elefantes; pero, hasta nueva orden, el cañón tiene la palabra. Y he dicho hasta nueva orden, porque existe el Milagro que Dios se reserva para que se obre a través de Quien, a su debido tiempo, decida enviar. Hasta entonces, el cañón reducirá a polvo hombres y cosas, al extremo de que los supervivientes guardarán de ellos en su memoria meras apariencias, no siendo el horrible cañón más que otra apariencia no menos monstruosa, que, un día, se desintegrará ante la plegaria balbuciente de un niño.

... Y el tropel de almas se precipita, pasando siempre junto a mí, como si yo fuera el único que parara mientes en ellas, evocando, con una lacrimosa compasión, los míseros cuerpos que acaban de abandonar hace un instante y con los que no se reencontrarán sino hasta la Resurrección.

El estrépito del lejano cañón continúa, semejante al ruido de un mazo enorme amplificado por acantilados colosales. Se diría que es algo así como el *mea culpa* de Francia, el *Confiteor* de las blasfemias, de las traiciones, de las bajezas, de la ingratitud infinita del pueblo de la Reina dolorosa, y no se ve cerca el fin de esta penitencia. Cuanto se ve y cuanto se oye es el cañón, el homicida cañón, infatigable y expiatorio.

Expiatorio, quién lo duda, pero sin hermosura. El castigo resultaría vano si viniera de la mano de la magnificencia. El cañón es un invento mecánico. Tan feo y estúpido como temible. Matando a distancia a los hombres, aniquila los más nobles arranques del valor humano. Soldados de corazones sublimes caen muertos antes siquiera de poder darse cuenta. Cuanto podía haber de hermoso en las guerras de antaño, ha

desaparecido. En lo sucesivo, el heroísmo consistirá en soportar con paciencia el frío, el hambre, la lluvia, el lodo, la inmundicia, el atroz aburrimiento y una muerte tan exenta de gloria como de consuelo. Así lo quiere una justicia superior y a ello hay que resignarse.

¿A todo esto, qué dirá la historia? Antaño, hace apenas un siglo, daba cuenta de hombres como Lannes, Murat, Ney y cincuenta más, para no decir de ellos sino que estaban poseídos por su espíritu. Ahora, dará cuenta de los cañones y un horror sin tasa caerá sobre el alma humana.

XI

EL MILAGRO

Acabo de referirme al Milagro, diciendo que Dios lo reserva para el que debe enviar. Harto sé que esta palabra carece completamente de sentido, que hoy no significa absolutamente nada. Sin embargo, no tengo otra.

Dios existe o no existe. Si se accede a que existe, hay forzosamente que acceder a que existe efectivamente, suponiendo una continuidad infinita de la Creación, lo cual comporta una omnipotencia absoluta sobre lo conocido y lo desconocido, sobre lo visible y lo invisible. Si el Acto creador se interrumpiese, inmediatamente el más duro granito y los metales todos se reducirían a polvo, y este mismo polvo terminaría por desaparecer. No existiría nada más. La naturaleza entera se desvanecería en la ininteligible nada. Si no se admite este postulado, se es por fuerza o bien un ateo o bien un necio, términos sinónimos, por lo demás, desde el punto de vista estético. Pero esto es un prolegómeno completamente rudimentario.

El milagro no precisa explicación ni justificación. Se trata de una gentileza de Dios y ya es bastante. Se complace en alterar la apariencia, en devolver a la vida a un difunto, o en que un enfermo sane repentinamente. Para Él no representa un esfuerzo y a los que le conocen no les causa extrañeza. Diríase un rico que acuña calderilla para repartirla entre los pobres.

A tal punto es el Dueño y Señor de todo, que los conceptos humanos de soberanía y posesión, aplicados a Él, no son más que el reflejo de una imagen borrosa en un espejo empañado. El Señorío divino es acabadamente inconmensurable, inconcebible, inescrutable, y nada ni nadie puede dar idea de él.

Si en un rapto de locura, se llega a afirmar que un poderoso puede hacer todo cuanto quiera, la irrisión comparecería al instante, señalando el círculo infranqueable del Límite; y si se afirma razonable, humildemente, lo mismo de Dios, no hay criatura humana ni aun angélica que logre entenderlo.

La inteligencia más elevada adolece de incapacidad absoluta para comprender el Infinito. Pocas palabras tan empleadas como la de eternidad. ¿Dónde está el genio impar que se atreva a iniciar una explicación de ese lugar común? ¡Lo que no tiene principio ni fin! Por vía de la fe e incluso por la de la razón sabemos que eso es así. Sabemos incluso que eso es lo único realmente existente. Pero hasta ahí llegamos. Mas allá, nos topamos con el acerado muro contra el que se estrella toda potencia intelectual.

Es el dominio de Dios, el Jardín del Milagro, el arriate de la Rosa Mística. Sólo a los más pequeños y a los más humildes les es dado en alguna ocasión avizorar desde la infinita lejanía las elevadas cumbres. Condescendencia extremada del Señor y primero de los privilegios. Ellos mismos no entienden más que los otros. Sólo que les ha sido concedido el obrar milagros, como una fragancia reveladora, como una partícula de polen de flores ignotas.

Al que hay que aguardar, el único Forastero que podrá poner fin a la inconmensurable Tribulación será ciertamente un hombre que goce de eternidad, en el sentido de que esté autorizado para beber del Aljibe del Temible Jardín, no lejos del añoso Árbol de la Ciencia, en el sitio mismo donde cayó la Sangre de la Mano diestra de Jesús, luego de clavarlo en la Cruz, frente al Occidente.

¿Qué hará ese personaje espantable en quien Dios delegará su poder? Sabemos de eso tanto como de las leyes de las nebulosas. Lo más que podemos llegar a decir es que el milagro vendrá precediéndolo, como los pajarillos precedían al Santo de Asís; las criaturas animadas e inanimadas le obedecerán *ad natum* con maravillosa exactitud.

Pienso a menudo que el aniquilamiento de la raza consagrada al Maligno es una exigencia divina, una condición previa del inventario del mundo, pues hay otras muchas cuentas que liquidar. ¿Pero, cabe el exterminio de ochenta millones de almas? Seguramente, un débil soplo bastaría, y se trataría de un milagro menor que la conversión de un solo infiel. El cañón más enorme, con su fealdad y su pesadez, es menos temible que el insecto que Dios envía. Le bastan apenas unas horas para transformar una bestia inmensa en una pila de huesos. Ése podría ser muy bien el destino de la orgullosa bestia alemana.

XII

EL CLAMOR

Tercer aniversario de la victoria del Marne. Los mismos lugares comunes que el año pasado, la misma incomprensión del suceso, de todos los sucesos presentes y futuros.

Francia «fanática de la honradez»(!), he ahí todo cuanto pude retener del apoteósico discurso proferido por uno de nuestros gobernantes sobre las sepulturas de los caídos. Se diría que esta chocante simpleza cumple a la gloria pasada y futura de nuestra patria.

Ni la más mínima mención a Dios, por supuesto. Ridículo a más no poder sería recordar que esta inesperada victoria coincidió con la fiesta señalada de la Natividad de María, que muy bien pudo lograrla para que su pueblo, tan severamente castigado, no pereciera. ¿Pero quién piensa en la Natividad de María? A los previsores y diligentes generales y a los prácticos soldados, se la debemos. Suponer una intervención preternatural ofendería a ambos.

Hay que reconocer, empero, que el término *milagro* no ha caído en completo desuso. Sin ir más lejos, esta misma mañana lo leí en algún sitio. Pero sólo el milagro de los fieles del azar, en su acepción trivial de cosa imprevista, asombrosa, de difícil explicación, pero explicable, sin embargo, suponen, con una cierta cortedad de espíritu.

Por lo que hace al milagro en sentido cristiano, de genuino milagro obrado por Dios y de todo punto inexplicable, ése, podría quizá llegar a aceptarse, a condición de que fuese visible y tangible y viniese acompañado o precedido de manifestaciones exorbitantes, el milagro, en fin, tal cual lo entienden los salvajes o los negros; cabe afirmar incluso que los preten-

didos milagros de la ciencia hacen que en la actualidad un sinnúmero de infelices los echen en falta. «¿Por qué no se manifiesta Dios?» Tal es el clamor de la muchedumbre, el postrer clamor.

— Se manifestará, pierdan cuidado, mucho antes de lo que piensan, no como esperan y será como para echarse a temblar, pues vuestro clamor no es desde luego un clamor de amor. Para vosotros, el Dios de Moisés y del Sinaí no es más que un clavo ardiendo, un becerro de oro fabricado en las factorías sulpicianas[27], y que esperáis revender con ganancia a los idólatras americanos o caucasianos, cuando pasado el peligro os hayáis cansado de invocarlo. Invocáis su nombre a día de hoy contra los enemigos declarados de Francia, contra la muerte que ronda a vuestros hijos, contra el hambre que acomete al mundo entero, contra la miseria o la penuria extrema que vuestro egoísmo provocó pese a tres años de vanas advertencias. Mas no lo invocáis contra vosotros mismos, dándoos golpes de pecho. No se os pasa por la imaginación que el que llamáis en vuestro socorro, envileciéndolo con vuestro culto carnal, podría muy bien aniquilaros al mismo tiempo que a los más acérrimos enemigos de su Dulce Nombre y de su Gloria, que no le son acaso menos aborrecibles que los pretendidos creyentes que lo mancillan.

Séale permitido a un solitario hoy, un 8 de septiembre, que hable de la Natividad de María, de Nuestra Señora de Francia, la Virgen Milagrosa, la Virgen del Llanto. ¡Se la ha despreciado, se la ha ofendido, se ha llegado a renegar de ella tanto y con tanta hipocresía en estos sesenta años últimos! Se oye por ahí que la ingratitud adensa el corazón del que la padece.

---

[27] Nueva alusión despectiva de Bloy a la Iglesia Católica francesa de su tiempo y, en concreto, a la enseñanza y valores que recibían sus clérigos. Los sulpicianos era el nombre con el que se designaba a la Congregación sacerdotal de San Sulpicio, fundada en 1645 por M. Oliver, párraco de la iglesia parisina de esta advocación, dedicada tradicionalmente a la formación de seminaristas.

El Corazón de María pesa más que todos los soles de la Vía Láctea juntos. Sin embargo, daría su perdón incluso a los obispos y a los sacerdotes que ella misma ha motejado de «sentinas»; perdonaría a cuantos se dicen sus seguidores y no han levantado un dedo para impedir que se la ultrajara; perdonaría sin medida. Pero Aquél que Ella alumbró ha visto colmada su paciencia y ya vemos los indicios. ¿Si todos los culpables serán llamados, qué quedará?

XIII

LA PUTREFACCIÓN

No quedará nada más que la putrefacción universal. ¿Hay alguna necesidad de llamar la atención sobre la importancia infinita de una *alma viva*, importancia tal que al día siguiente a un cataclismo, un solo hombre salvado valdría por una generación? Eso, huelga decirlo, hay que entenderlo en sentido espiritual.

La población toda de la Tierra se calcula en mil cuatrocientos o mil quinientos millones de personas. ¿Pero cuántas almas verdaderamente vivas hay en esa turbamulta humana? Una cada cien mil, acaso, o cada cien millones. No se sabe. Hay personas eminentes, de genio incluso, pero de alma inerte y que mueren sin haber vivido. Un alma sencilla dirá cada día, llorando de angustia: «¿Dónde está en mí el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo? ¿Puedo realmente considerarme vivo o soy un difunto en espera de sepultura?».

Causa espanto pensar que sobrevivimos en medio de una multitud de difuntos que se tienen por vivos; que el amigo, el camarada, el hermano con el que nos tropezamos por la mañana y que volveremos a ver por la noche, no es más que mera vida orgánica, apariencia de vida, una caricatura de existencia que no difiere en nada de cuantas se licúan en las sepulturas.

Resulta intolerable reconocer ante uno mismo que nos han traído al mundo unos padres difuntos; que ese sacerdote plantado en el altar se asemeja a un finado y que el Fármaco de la inmortalidad, la Hostia que acaba de consagrar para que nuestra alma reciba la Vida eterna, nos la va a administrar la mano de un cadáver, declamando con voz sepulcral las sagradas palabras de la liturgia.

Todos esos espectros funcionan, sin embargo, con una regularidad perfecta. La misa dicha por ese sacerdote vale tanto como la de un santo. La absolución que otorga a los pecadores es válida. La fuerza de su ministerio sobrenatural se alarga tanto en el tiempo que la muerte no prevalece contra él. Y esto es así para todos los semidifuntos que nos rodean y que nos vemos obligados a llamar, anticipadamente, muertos. Un alma exenta de vida, puede actuar y pensar mecánicamente.

Un cuerpo saludable y lozano puede ser el tabernáculo de una alma putrefacta. Horror harto frecuente. Ha habido casos de santos tocados por el privilegio espantable de poder oler las almas. De la Pastora de La Salette, Melania[28], se contaba que su vida era un puro sofoco. Castigo infernal que aceptaba y que no es posible afrontar sin horror.

La putrefacción universal que sigue a los horrendos castigos que han diezmado una parte de la tierra puede por tanto entenderse como la podredumbre de las almas. Algunos raros elegidos de Dios sienten seguro en este momento ese terrible hedor.

No hay duda de que esta guerra interminable desatada por los demonios ha rebajado tanto los caracteres que vale decir que todos los corazones se mueven a ras de tierra. Mientras unos se hacen matar para salvar cuanto quepa de la herencia de los siglos, otros, incontables, se baten en cómodas moradas con los cuajarones de la sangre de las víctimas. La avaricia más feroz, la concupiscencia más grosera se ha apoderado de tal manera de los elementos que componen el honor del pueblo, que se llega a glorificar el hacer fortuna asesinando a la patria ya mutilada. Todo cuanto rinde *provecho* material merece respeto. Incluso la traición, practicada ventajosamente por los habilidosos, tiene su aureola, y la guillotina llora.

---

[28] La pastorcilla a quien se apareció la Virgen en la montaña de La Salette el 19 de septiembre de 1846. Ver nota 10.

Hay que estar tan privado de razón como de olfato para no percibir que el cuerpo social entero es una carroña semejante a aquélla de Baudelaire «que vomitaba negros ejércitos de larvas» de «fetidez tan enorme que, sobre la hierba, la amada creyó desmayarse[29]». Esta abominación, que sólo el fuego podrá purificar, crece día a día con terrible celeridad. Nos acostumbramos a ello, la cobardía de unos se torna cómplice de la perfidia de los otros, y aquéllos que deberían mostrar un mayor horror, sin mover un dedo, se resignan calladamente a la chusma. Se trata de la bancarrota de las almas, del irreparable déficit de la conciencia cristiana.

Resulta evidente que Dios se verá forzado a *cambiar todas las cosas*, pues la situación es insostenible. Pero los caídos que entraron en la Vida perdurable en alas de la victoria y los más venerados santos de Francia no tolerarán que se consume la ruina de una tierra que es la más dilecta heredad de Jesucristo. Qué harán, no lo sabemos. Asistiremos a prodigios que nos harán temblar o llorar de amor, tan imprevisibles como insólitos, pródromos del inconcebible Advenimiento.

---

[29] «*La puanteur était si forte, que sur l'herbe*
Vous crûte vous *évanouir*.
Les mouches bourdonnaient sur ce ventre putride,
D'oú sortaient de noirs bataillons
De larves...»
«Une charogne», XXIX, *Les fleurs du mal* (Las Flores del Mal).

XIV

EL INCONCEBIBLE ADVENIMIENTO

El de la Tercera Persona divina, del Paráclito, del *Pneuma*, como dicen los griegos, del Soplo inspirador que alienta en el inicio de cualquier vida y por cuyo medio todo será consumado. El advenimiento del Espíritu Santo que aguarda toda criatura que puede gemir y procrear.

Está escrito con claridad suma que este adorable Espíritu, habida cuenta de nuestra ignorancia de lo que hay que pedir o desear, «intercede por nosotros con gemidos indecibles[30]». «El Espíritu sopla de donde quiere», dice Jesús «y escuchas su voz pero no sabes de dónde viene ni a dónde va[31]».

El Espíritu de Dios y las criaturas gimen pues a coro, éstas porque padecen a causa de su degradación o de su destierro, aquél porque espera, con infinita impaciencia, la realización de nuestra Redención, realización incomprensible que no puede ser más que obra suya.

Pero a fuer de divino, es un cautivo. Diríase que tiene la «intuición de una especie de impotencia divina *transitoriamente* acordada entre la Misericordia y la Justicia con miras a alguna inefable recuperación de Substancia prodigada por el Amor.» Permanecerá cautivo, inconcebiblemente, hasta tanto venga su reino. Sublime momento que hará estallar todos los relojes y que el universo aguarda desde hace milenios.

En lo más profundo del cielo nocturno, vemos una estrella apenas perceptible, diríase una gota de rocío o un conato de lágrima luminosa, pero se trata de un sol colosal, centro de atrac-

---

[30] Romanos, VIII, 26.
[31] Juan, III, 8.

ción para enormes planetas invisibles. También él aguarda el momento y acaso, de tanto esperar, ha terminado extinguiéndose, dejándonos sólo la ilusión de su luz a la distancia de un increíble número de leguas. Si esto es así para un cuerpo inanimado, ¿qué habría que pensar de las pesadumbres de la humanidad y de tantas generaciones que ha aguardado gimiendo o blasfemando, sin saber siquiera lo que esperaban?

Los Patriarcas, los Profetas, los Santos, han aguardado la Hora de la venida de Dios. Incluso los malvados y los viles la han esperado igualmente, porque no era dable no esperar. Lo que lloran y los que causan llanto, ambos la esperan, los unos porque aguardan su consuelo y los otros porque sus almas perversas aguardan servirse de ella para aumentar su capacidad para causar llanto. Unos y otros, sin llegar a entender, presienten al Dios del Llanto.

¡El Dios del Llanto! ¿Qué significan esas palabras y quién es ese Dios? Sólo puede ser el Espíritu Santo. A Él le debemos la vida y el llanto es el signo de su presencia. ¡Maldito sea el que no llora! Las lágrimas son el aceite de las lámparas que las vírgenes del Evangelio no podían dejar extinguir, por temor a que el Esposo que regresara de madrugada les dijese: «No os conozco.[32]» Las lágrimas son a tal punto don del Espíritu Santo que no pueden fluir sin llamar la atención de Dios, pues por el mismo Dios sabemos, dicho por su boca, que Él enjugará todos los ojos. Son tan sumamente valiosas que no cabe derramarlas en vano.

— ¡Ah, Señor, concédeme llorar en la vigilia y en el sueño, llorar siempre como tus profetas! Si mis lágrimas no son puras, truécalas en sangre, y si esa sangre está echada a perder, que se convierta en arroyos de fuego; pero, sea como sea, concédeme el llanto, pues es el único modo de merecer las bendiciones, el secreto infalible para atraerse al Consolador! Hagamos cuenta de la muchedumbre inmensa de hombres que

[32] Mateo, XXV, 12.

han llorado a lo largo de este siglo, llantos, no lo ignoro, muchas veces vanos. Ha habido lágrimas de orgullo y lágrimas de concupiscencia; hubo y habrá siempre lágrimas de Dolor que acogéis con amor. Su abundancia es como el Diluvio y vuestro Espíritu planea sobre esas aguas como antaño, cuando aún no habíais creado el mundo.

Es claro, y así lo he dicho, que hay que esperar y esperar siempre. Sin embargo, la hora no puede tardar en llegar. Las existencias de esperanza se agotan por momentos. Los ciegos lo ven y hasta los brutos más redomados comienzan a experimentar la necesidad de una primavera. Es menester que todo perezca o que todo cambie. Asistimos al otoño del mundo. La verdura de las almas se agosta y cae el invierno con su cosecha de cataclismos. Pero el cambio necesario, universal, obra del Espíritu Santo, es de todo punto inconcebible. Nada en toda la historia simbólica puede darnos idea, y hasta las analogías más audaces hacen gala de su inanidad. «Lo nunca visto, lo nunca oído, lo nunca sentido por corazón humano.» He ahí todo cuanto sabemos, todo lo que nos proporciona la Revelación, y las escasas almas que *vivan* para contarlo temblarán como no se ha visto temblar nunca.

Unos pocos han sido señalados para temblar de amor; son los escogidos del Paráclito, dotados por Él de corazón abundante. Sé de un cristiano que responde a esas señas. No se tiene en más consideración que el peor de los bribones y acaso no se equivoque, en el sentido humano. Pero el Consolador lo ha escogido y nada puede oponer a esa elección. No es más que el capricho del Dueño y Señor que se divierte a costa de desconcertar a la misma Sabiduría y que se complace colmando con su elección a los que se tienen por menos dignos. «¡Si supieras el gozo que proporciono» les dice, «y la delicia del Espíritu Santo!»

XV

LA FRONTERA

Camposanto inmenso. Cementerio prodigioso donde descansan las víctimas de una guerra infernal. Son tantos que estamos a punto de perder la cuenta. Límite actual de Francia, de Alsacia al Mar del Norte. Más allá, la barbarie.

Cuando paramos mientes en la misteriosa Persona del Espíritu Santo pensamos forzosamente en los difuntos, pues el Dios del Llanto es el Dios de los difuntos. Comparado con Él, el lóbrego Plutón de la mitología no es más que una caricatura idolátrica y harto oscura de una idea tan antigua como el hombre.

Es creencia universal de los cristianos que las reliquias de los «muertos en el Señor» son el habitáculo de Aquél que ha de resucitarlos un día, y es lícito suponer su presencia, aquí o allá, en medio de tantos esqueletos inmóviles. ¡A cuánto asciende el número de los que dieron su vida terrenal por defender los últimos vestigios de Vida divina en su malhadada patria! Sólo lo sabremos cuando le pluga al Señor comunicárnoslo.

Pero, lo repito, ahí está la frontera, en espera de que sea posible franquearla. Ahí duermen creyentes e incrédulos caídos en la batalla, mezclados las más de las veces, en medio de paisajes horriblemente devastados. A algunos pocos los corona una mísera cruz de madera, producto de la caridad de los camaradas supérstites. El Espíritu divino reconoce así a los suyos.

En la maravillosa *Vida* de Ana Catalina Emmerich[33] se cuenta que cuando, en su niñez, cruzaba el cementerio de su

---

[33] Visionaria alemana (1774-1824). Monja agustina del convento de Dulmen. Es fama que durante sus éxtasis se le abrían las cicatrices que tenía en el cuerpo y que de ellas manaba sangre.

pueblo, experimentaba, en la proximidad de algunas sepulturas, el sentimiento de la luz, de la bendición desmedida y de la salvación; pero que, cerca de otras, era asaltada por el espanto y el horror.

¿Qué cosas no experimentaría en esta prodigiosa necrópolis, la santa niña? A no dudar, una incomparable piedad, interrumpida por sobresaltos de inmenso terror, pero también alguna vez la turbación que produce la presencia del Consolador. Fiel como pocos, no abandona a los que, cuando aparentaban vivir en el mundo, se le confiaron y gimieron con él en la Profundidad.

He pensado con frecuencia que le inquietante leyenda *Aquí yace* que figura sobre todas las sepulturas ha de ser entendida en sentido sobrenatural, meditación amorosa que excluye la idea de abandono o de soledad para los que ahí reposan. ¿Quién sabe si no es el Espíritu Santo el que está en los restos mortales de esos difuntos, con la columna de luz invisible manifestada a la vidente de Dulmen[34]?

La Iglesia militante ruega por todos los difuntos, a reserva de la inexpresada elección directa y plena de algunos que no conoce, pero que el Consolador que la acompaña en sus ruegos se complace en ocasiones señalándolos con signos milagrosos. Ignoro qué puede albergar este interminable camposanto que es hoy nuestra frontera. En todo caso, los bárbaros no consiguen franquearla. ¿Acaso le placerá a Dios que de toda esa hueste de guerreros inmóviles surja de pronto el Exterminador, del que nadie podrá afirmar si se trata de un vivo o de un muerto?

---

[34] Esto es, Ana Catalina Emmerich, religiosa del convento de Dulmen. Ver nota 33.

XVI
CONMEMORACIÓN

Me refiero, claro está, a la de Todos los Difuntos, solemnidad mayor de la Iglesia. La que vulgarmente llamamos Día de los Muertos, y que viene a nuestra memoria cada vez que visitamos un cementerio, y más un cementerio de esta clase. La mayoría de los difuntos, olvidados sin dificultad, apenas idos, por sus deudos, no cuentan más que con esa festividad para esperar un socorro mínimo en la incomprensible tribulación de la otra vida. Pero no es de esta conmemoración de la que quiero hablar.

Se trata de otra por la que muy pocos cristianos parecen mostrar interés, a saber: la festividad de la Lágrimas de María, cuando lloró sobre la montaña de La Salette, el 19 de septiembre de 1846. La misma Iglesia afecta haber olvidado este acontecimiento nunca visto. El misal romano celebra el 11 de febrero una misa conmemorativa de la Aparición de Lourdes, la cual parece exclusivamente consoladora, sin acusar ni amenazar a nadie. La Aparición de La Salette, doce años anterior, no ha merecido nada. La miel de la devoción moderna encuentra en ella demasiada hiel y el hecho de que la Virgen Santísima anuncie infortunios terribles, cuyos prolegómenos estamos experimentando, debidos a la flagrante indignidad criminal de los clérigos, no puede se tolerado. El fariseísmo ha protestado y un silencio impenetrable se ha extendido por doquier.

Sin embargo, determinadas almas no ceden al olvido. Hay algunas todavía, y éstas más que las otras, con exclusión incluso de todas las otras, capaces de sentir la necesidad y la inminencia del cumplimiento de las amenazas. Saben de sobra que resulta inútil detener el curso de las aguas. Es incluso demasiado tarde para el arrepentimiento. Todo cuanto es dable

hacer es aceptar humildemente el sufrimiento extremo, el oprobio pleno, la muerte exenta de gloria.

Las Palabras de la Madre de Dios, que muchos han creído haber apagado completamente, aparecen grabadas a sangre y fuego hoy en letras más elevadas que las catedrales profanadas por los bárbaros. Esas Palabras, propias de una madre, si se las interpreta rectamente, se han tornado implacables y arrolladoras. Pueden aplicarse sobre todo al pavoroso cementerio. Pues, dicho sea de paso, la Virgen Santísima, Esposa mística del Paráclito, debe reinar con Él sobre el inmenso imperio de los difuntos. La *Regina mortorum* está sobrentendida en esas Letanías.

Los que se tienen por vivos y sus cabecillas se han arrancado los ojos para no ver; ha desaparecido incluso la irrisoria esperanza de un amago de contrición aparente que recordaría los arrepentimientos intermitentes del Faraón cuando prometía la libertad al Pueblo hebreo cada vez que una plaga devastaba Egipto[35]. Nuestro episcopado, cuyo desacato ha sido de tanta ayuda al infame Guillermo para acabar con Francia, se han hecho insensibles al castigo y se han acerado cual demonios.

He aquí lo que me escribía un religioso en 1912:

«Desde hace más de sesenta años, la jerarquía de la Iglesia francesa rechaza con diabólica porfía los Mensajes misericordiosos proferidos entre llantos por la Reina del Paraíso con el propósito de que los ministros de Dios los den a conocer a la grey cristiana...— ¡Si encuentra demasiado pesado el Brazo de vuestro Hijo, han respondido nuestros pastores, no haga más por detenerlo y deje que nos aplaste! Preferimos mil veces los cataclismos desconocidos con los que nos amenaza y que cada día parecen acercarse más a la humillación de transmitir tal Mensaje a vuestro pueblo. Haga zozobrar, si es su deseo, a la Cristiandad en el

[35] Por todos, Éxodo, VIII, 5 - IX, 27.

piélago de todos los dolores; aplástela bajo el peso de las más inconcebibles calamidades; pero tenga por seguro que nunca obedeceremos, porque se nos ha faltado al respeto.»

A estas alturas de 1917, se estaría inclinado a pensar que por lo menos han cambiado de lenguaje; pero eso sería desconocer el orgullo clerical, el más firme que hay en el mundo. Ha sucedido justamente lo contrario. En la mismísima Salette, el lugar señalado donde la Madre de Dios habló, no pasa un día que no sea vea desmentida por los capellanes de la Basílica encargados por sus superiores de contar a los peregrinos el relato de la Aparición, teniendo especial cuidado de ponerlos en guardia contra el Mensaje mismo que escamotean, denunciándolo como una impostura!...

Los oyentes, venidos en ocasiones de muy lejos y que pueden conservar todavía en sus oídos el estruendo del cañón, deben extrañarse por esta cínica omisión de las amenazas —*verificadas* ya— de la Virgen Santísima y de la monstruosa supresión de su «presente llamamiento a los auténticos discípulos del Dios vivo»...

Desconozco qué esperarán esos fariseos que espetarían al mismísimo Dios: «¡Has mentido!», pero sé que es imposible vencerlos. El orgullo llevado al paroxismo acaba necesariamente en necedad. Nada podemos contra esos brutos bendecidos y alentados por el episcopado en pleno...

No cabe pensar, empero, que las lágrimas de la Madre de Dios sean vanas. Los sucesos de La Salette encierran algo inmensamente misterioso, que no comprendemos. «La Salette conducirá el mundo», ha dicho el cura de Ars, profeta auténtico. Este suceso único en la historia ha debido obedecer a alguna disposición harto particular de la insondable Voluntad divina, y el sordo desacato, el ultrajante desprecio de estos servidores infieles, es sin duda una prevaricación tan necesaria como lo fue antaño la perfidia judía, para el cumplimiento de los designios prodigiosos que se nos ocultan.

XVII

EL DESASTRE INTELECTUAL

¿El crimen inmenso del universal desacato de los sacerdotes y sus príncipes puede verse contrabalanceado, siquiera mínimamente, por la indignación de los demás?

¿Alguien en el vasto orbe cristiano ha levantado su voz para protestar contra ese silencio monstruoso?

Desde el inicio de la guerra, se han escrito y publicado innumerables libros. Bien o mal, con frecuencia más mal que bien, lo han dicho todo, salvo lo único deberían haber dicho. Dirigidos a un pueblo sin Dios, ¿cómo habrían podido hablarle de un Dios que desconocen y señaladamente de una Virgen dolorosa cuya Aparición y Mensaje les han sido tan acabadamente ocultados?

Esos pobres autores no saben absolutamente nada, no han alcanzado siquiera el presentimiento oscuro de lo que les sobrepuja. Se dirigen al público como los cerdos al muladar y hacen lo mismo que antes de la guerra, que aprovechan ahora para exhibir las mercaderías de su tenebrosa vacuidad. Oficio lucrativo para algunos que no sienten el más mínimo remordimiento y que consideran que todo marcha a pedir de boca si sus tristes libros se venden bien.

Quiero referirme a uno solo, puesto que parece tener más éxito que todos los demás juntos, y que revela más nítidamente que cualquier otro el nivel intelectual de la mayoría. Se trata de *Le Feu*[36] de Henri Barbusse, escritor al que no tengo el gusto de conocer y del que jamás había oído hablar.

---

[36] *Le Feu* (*El Fuego*), célebre novela antibelicista del escritor francés Henri Barbusse (1873-1935), aparecida en 1916, un año antes de la fecha de composición de *En Tinieblas*.

(*Diario de una escuadra*), se añade entre paréntesis. No contento con ese subtítulo real, el astuto editor ha impreso en la portada la palabra *novela*, truco destinado a embaucar a los concupiscentes.

Ese *Feu* es todo un éxito editorial. Parece que se han vendido bastantes más de cien mil ejemplares, cifra desconcertante que me recuerda el repentino e inesperado eco que tuvo *l'Assommoir*[37], hace 40 años. Ambas obras tienen algunas analogías.

Como Zola, Barbusse ha comprendido que la democracia es la dueña y señora del mundo, y en tanto que tal hay que hablar su idioma, enormemente enriquecido, por lo demás, desde *l'Assommoir*, y al igual que Zola enseña con autoridad que es la única vía si no se quiere engañar. «Pondré las grandes palabras en el lugar que les corresponde», afirma, «porque es la verdad». Resultaría completamente ocioso preguntar a esa clase de personas qué entienden por Verdad, uno de los nombres indubitados del Hijo de Dios, pero que para ellas no significa más que exactitud fonográfica. El inmenso éxito de Zola fue revelador del nivel espiritual de su tiempo, y el de Barbusse alumbra a su vez la horrenda sima en la que hoy se pudren las almas; pues la historia profunda de un pueblo anida en su lengua.

Pero hay más cosas, hay la negación formal de Dios o más bien la repetición machacona de los tópicos más abyectamente pueriles: «El dolor me impide creer en Dios. El frío desmiente a Dios. Para creer en Dios, es preciso que todo fuera distinto.» Así hablan los infelices, los mutilados. «Estas ruinas de hombres, estos derrotados», agrega el autor, «experimentan un principio de revelación...¡Contemplan el rostro de la verdad cara a cara!» Idéntica categoría humana que Zola.

---

[37] *l'Assommoir* (*La Taberna*). Novela del escritor francés Émile Zola (1840-1902) que, como bien registra Bloy, conoció un inmenso éxito tras su aparición en enero de 1877.

Si no se tratara más que de las «las grandes palabras», de las cuales se abusa hasta la extenuación, podríamos hasta admitirlas. Son muchas veces inevitables, irremplazables, pero está la jerga atroz de los mutilados, la horrenda deformación de la lengua francesa efecto de la deformación completa del pensamiento. Y eso es verdaderamente insoportable, tanto más cuanto el autor es a no dudar un escritor que domina su oficio, un escritor de talento, no me duelen prendas reconocerlo. ¡Ah!, pero ese talento no se eleva lo suficiente, no pica alto, da a menudo con la palabra justa, en muchas ocasiones incluso con la más vigorosa, pero sentimos que se queda corto.

Está el episodio del zapador Porteloo, está el idilio de Paradis que quita con unción el barro de los botines de una muchacha a la que jamás ha visto. El permiso de Eudore y el poema de los infelices soldados humillados por los burgueses en el Café de las Flores, pasaje que hubiera firmado Flaubert. Hay también un tal cabo Bertrand que se erige en profeta y que vaticina lugares comunes trasnochados, aunque, al menos, lo hace en francés.

Una cosa que inmediatamente me llamó la atención fue la consideración de la censura para con este dilatado volumen. Ni una línea, ni una palabra tachada. Los censores, que aligeran con tanta facilidad páginas completas de cualquier escrito, en interés siempre de la defensa nacional, no encuentran nada reprochable en este *Diario de una Escuadra* que leen libremente cientos de miles de personas y que es precisamente el libro más desmoralizador que puede leer un soldado.

Desde la primera a la última página, ninguna inquietud distinta, ninguna prédica distinta del horror infinito de la guerra, no de esta guerra infame, envilecida y mancillada por los alemanes, sino de la guerra en sí misma, justa o injusta, independientemente de la nobleza, del heroísmo, de la santidad de los combatientes. «¡Maldita sea la gloria militar, malditos sean los ejércitos, maldito sea el oficio de soldado!» No pongo en duda el patriotismo de Barbusse, incluso lo creo animado

por las mejores intenciones, dado que se permite creer en la próxima terminación de las guerras y en la fraternidad de todas los pueblos, pero ¿cómo creer en el celo de una censura que pasa por alto este tipo de cosas?

La ceguera universal es tan completa que se ha llegado a afirmar que se trata de un escritor de genio. No han faltado plumas que han escrito eso, juicio que ha debido molestar al infeliz no poco. Demasiado inteligente para ignorar que el genio no cuadra a cien mil personas y que el sufragio multitudinario es tan deshonroso para el pensador como para el escritor, se ha visto forzado sin embargo a confesarse a sí propio que ha conseguido esta mezquina gloria mancillando a un tiempo el fondo y la forma de su pensamiento. Hasta los más benignos jueces se verán en la necesidad de concluir que sabía muy bien lo que hacía componiendo con los más andrajosos harapos de la lengua las mentiras humanas más desacreditadas.

¿Cómo podría este autor leer sin bochorno el último capítulo titulado *El Alba*, en el que los supervivientes de un diluvio que ha anegado las trincheras y los cañones charlan entre sí en medio del fango, repitiendo hasta la saciedad: «Después de esto, no se necesitan más guerras... Hay que acabar con la guerra... El principio de igualdad debe acabar con la guerra...», etc.?

El libro concluye con estos necios postulados, pero el autor, se dirá, ha conseguido lo que quería: tiradas amplias y derechos de autor...

Henos furiosamente lejos de La Salette y de cualquier consideración religiosa. Apenas pensaba referirme aquí a un libro que me aflige tanto o más que cualquier catástrofe que hubiera acabado con la vida de cien mil personas, pero era menester mostrar, entre lágrimas, la enorme distancia que nos separa de aquello que habría podido salvarnos y de dar con la más terrible prueba de nuestra actual miseria que este documento aportado por un testigo de los peores sufrimientos que

parece no haberse molestado en buscar en su corazón una palabra reconfortante de compasión ni en su cerebro un pensamiento de consolación.

Y ahora podéis llorar, llorar eternamente, oh Virgen Dolorosa, sobre vuestra montaña. Carecéis de pueblo y de hijos. Muchos de los que os hubieran podido acompañar en vuestro llanto yacen muertos y los que quedan han renegado de Vos y fingen no conoceros. Ni siquiera un hueco hay para Vos en este libro que es, sin embargo, un libro preñado de dolor, una crónica cruel del sufrimiento de los hijos de vuestro Dolor. Y su autor se cuenta entre ellos. No ha podido ignoraros del todo, porque se trata de un cristiano y porque fue educado como cristiano. Pero ha renegado de Vos como tantos otros, no mostrando ningún interés por la existencia Dios.

¿Qué vais a hacer? Sé que no podéis oponeros al desatamiento de la Cólera, pero sé también que no podéis admitir que vuestros hijos todos perezcan. ¿Qué vais a hacer? ¿Descended de vuestra montaña para llorar en los quicios de las puertas como cualquier vagabundo? ¿Reanudar como en Belén vuestro vano ruego cuando buscabais un refugio para dar a luz al Redentor? Los ministros de Dios os desalentarían con ignominia. Los cristianos y las cristianas que tienen a gala honraros en las iglesias os acusarían de impostura y los soberbios ateos, que consideran haber borrado la impronta del bautismo, os arrojarían a la cara su intelectualidad de vómitos. ¡Oh, mi Señora de la Compasión y mi Reina del Llanto, es preciso que perezcamos!

XVIII

UN SOLECISMO

Es superior a mis fuerzas. No puedo aguantarlo más. Escucho a todo el mundo hablar de la *guerra* mil veces por día y no veo que nadie se escandalice ni se indigne por la monstruosa prostitución de este término.

Unos inmundos malhechores se han introducido en mi casa para robarme y darme muerte. Planto cara como puedo a esos bandidos y a eso se llama *guerra*. Si mi mujer y mis hijos mueren en la contienda, si lo que tengo por más valioso resulta destruido, se dirá que son gajes del oficio. Si los asesinos simulan cansarse y desesperados de vencerme piden una tregua, sin ofrecer reparación de ninguna clase, con la mira puesta sólo en rehacerse para aprestarse a un nuevo ataque, se dirá que soy un insensato por rechazarla y que el exterminio de los malvados, la satisfacción que anhelo, es una exigencia bárbara. Seré requerido para una conciliación y probablemente acusado por un juez íntegro que me reprochará lo exorbitante de mi temperamento vindicativo. Siendo juez de paz, me hablará naturalmente de guerra. Terminaré siendo el culpable.

Miembro de una generación que guarda aún memoria de la gran epopeya de Napoleón, repleta desde mi infancia de los más gloriosos recuerdos, la ignorancia actual de cualquier grandeza militar es para mí ya una aberración inefable, pero este completo envilecimiento de lo más elevado que hay en la historia de nuestra patria me parece más humillante e intolerable que la peor insania.

Mancillar el nombre de la guerra es lo que hace Alemania de tres años a esta parte, abolir pura y simplemente el sentido de las palabras, al tiempo que desaparecen las nociones más rudimentarias del honor. No puedo sino repetir lo que escribí hace dos años:

«... Arrojarse como bestias armadas hasta los dientes sobre pueblos desprevenidos, degollar a miles de seres indefensos y deshonrarlos mediante la tortura, prender fuego, darse al pillaje, devastar sin motivo las más hermosas regiones del planeta, destruir con visajes de simio loco obras maestras venerables, en la inteligencia de que así harán temblar a todo el orbe... he ahí la obsesión de la Alemania prusianizada y la de todos sus intelectuales que rinden pleitesía a un farsante lamentable.

«La verdad que hemos de gritar por doquier es que nosotros no estamos en guerra. Defendemos como podemos nuestra tierra, nuestras costumbres, a nuestras mujeres y a nuestros hijos, contra la más colosal empresa de expolio y asesinato que han visto los siglos. Decir que estamos en guerra con Alemania es tan absurdo como decir que un infeliz que se ve atenazado por una horrible ménade presa de todos los demonios de la lujuria y de la que se defiende con todas sus fuerzas, ha contraído nupcias con semejante posesa.

«Si me cupiese el honor de un mando militar, no me avendría nunca a tener por soldado a un alemán y no me molestaría demasiado en tomar prisioneros.

«El uniforme de esos crápulas confunde nuestra inteligencia de combatientes caballerosos y nos hace pasar por alto que estamos en presencia de una colosal turbamulta de infames comadres disfrazadas de soldados. ¿Tomar prisioneros? Tratamos con consideración suma, con honor incluso, a bribones execrables que avergonzarían a nuestros propios presidiarios...»

Si, desde los primeros momentos, nuestra conciencia sublevada hubiera vomitado en el rostro de Alemania el inmenso horror de su bandidaje, si un clamor unánime la hubiera denunciado cual puerca indigna de llevar armas, y si hubiera tenido por único trofeo de sus inmundas victorias un estigma universal de oprobio inacabable, nuestros sufrimientos, bien es

verdad, no hubiesen sido menores, pero algo esencial habría cambiado. La repugnancia habría cortado por lo sano cualquier tentación de perdón, la exclusión formal de la idea de guerra hubiera tenido como consecuencia necesaria la exclusión correlativa de la idea de paz, dejando en los corazones todos sólo el deseo vehemente de un castigo implacable y la más augusta voz del orbe cristiano no se hubiera desacreditado tan horriblemente hablando del *honor* de las armas alemanas.

Pero, ¡ay!, nos hemos habituado y yo mismo, trémulo de cólera, ¿no me veo obligado a emplear esta palabra de guerra en todas y cada una de mis páginas, si quiero hacerme entender? No se habla más que de guerra, del fin de la guerra a cualquier precio, y de lo que seguirá a esta abominable ficción. Dios quiera que la ficción de paz que resultará de tan monstruoso solecismo no sea aún más abominable.

XIX

EL INVENTARIO DE ALMAS

Saber dónde estamos en lo espiritual, lo que puede quedar aún de la riqueza de antaño, lo poco o mucho que podemos esperar o temer del mañana, si es que no es dado afrontar algún mañana; tal es la tarea que hay que emprender en un momento en el que inconcebibles traiciones se manifiestan, en el que las artimañas más negras se han descubierto o se sospechan de todos lados, ante el estupor enorme de las gentes sencillas a quienes les gustaría suponer al menos un mínimo de pudor en los políticos y en las autoridades a los que han otorgado su confianza.

Y he aquí que asistimos a la más trivial de las prácticas comerciales. Se trata, sin embargo, de almas, de puras y simples almas, pero se las tasa, se las pesa, se les pone precio cual mercaderías. Las hay que están a la venta y su número causa espanto, pero sólo unas pocas tienen salida, quedándose las más sin vender. No salen las cuentas.

Hay ruinosas existencias de almas *de segunda mano* que nadie quiere, que amenazan con atestar los almacenes y que habrá que liquidar con pérdidas, traspasándolas a los traperos, negocio fallido, pues costaron a precio de oro. Hay otras que, sin ser despreciadas por los eventuales compradores, tienen difícil colocación, no se sabe bien por qué. Y otras, en fin, que se pueden contar con los dedos de la mano, que no están por suerte a la venta y que despiden con cajas destempladas a los compradores, cualquiera que sea la oferta. Artículos rarísimos merecedores de premios en exposiciones universales o dignas de exhibirse en escaparates, dada la necesidad de llamar la atención de la clientela.

A pesar de ser inmortales, hoy sólo se toma a las almas por mera mercancía, buena o mala, de mediana o de pésima cali-

dad, ruinosa o lucrativa; se han convertido en materia de especulación para la mayoría y son la levadura de la astucia más aplicada, pues el diablo se aloja en el vientre de los especuladores. Se trata de un negocio tan antiguo como el mundo, pero que ha crecido extraordinariamente, generalizándose desde hace tres años por obra del ejemplo y el trato de los alemanes. No obstante, lo reitero, se necesita una profunda astucia.

Se da el caso de pagar en exceso por una alma cualquiera de la que nos encaprichamos y que no podremos colocar a los chalanes de los alemanes, pues aun los *boches* más brutos conocen el paño. La menor insinuación de belleza, la más mínima tacha de virtud, se les revela al instante.

Otras veces creeremos aprovechar la ocasión única que proporciona el apremio de una liquidación aparente anunciada a bombo y platillo, maniobra audaz de un estratega de la especulación que inunda el mercado con cantidades increíbles de género devuelto.

Comprenderemos al punto que el comercio de almas es extremadamente peligroso para el crédito. Los mismos *boches* pueden sentirse defraudados, pues las almas son en ocasiones mercancía viva, dispuesta a la acción y a vengarse de sus explotadores. «¿Cómo quiere que ese hombre no sea rico?» ha dicho alguien de Talleyrand[38], «ha vendido a todos cuantos lo han comprado», aunque, dicho sea de paso, cuesta mucho suponer una alma a Talleyrand, mas ese término tiene alguna importancia y merece ser meditado.

El inventario que imagino sin aconsejarlo a nadie es en verdad lo más complicado que hay en el mundo; tan es así, que

[38] Charles Maurice de Talleyrand-Périgord, Príncipe de Bénévent, hombre de Estado francés (1754-1838). Tras abandonar, coincidiendo con la Revolución Francesa, la dignidad de Obispo, sirvió sucesivamente a Napoleón I, con el que terminó malquistado, a Luis XVIII y a Luis Felipe de Orleáns. Ha pasado a la historia como ejemplo eminente de político taimado, ladino y desleal, ducho en traiciones e intrigas.

sólo Dios es capaz de hacerlo, justamente Dios que no tiene la condición de *comerciante*. Resulta incompatible con su eternidad. No teniendo principio ni fin, las operaciones a plazo le están vedadas, y no hay más que decir.

Una sola vez rescató todas las almas, sin hacer acepción, y cada una de ellas a un precio exorbitante, dejándoles, bien es verdad, la libertad para revenderse a sí mismas cual reses desahuciadas. Asistimos hoy a la feria sin igual de las almas, en la que no podemos esperar encontrar a Dios. ¿Cómo podría Él estar presente? Con lo que se comercia es con la Sangre de su Hijo, la preciosísima Sangre de su Hijo derramada para la salvación de todo el género humano. «En mi Agonía, pienso en ti, esa gota de sangre que derramo va por ti.» Esa gota que veía el pobre Pascal no es sino el precio de cada una de las almas de los hombres. Chicas o grandes, por todas ha habido que abonar un precio exorbitante. El alma de un necio o de un pillastre, el alma de un espía o de un traidor que se cree pagado con una suma ínfima tiene un valor real infinitamente superior al de todos los mundos juntos, y Dios no tiene nada que hacer con ese populacho mercantil que le ultraja vilipendiándolo hasta el horror.

Él permanece en su cielo, escuchando el cántico sobrenatural de María, el canto eterno conocido como Magnificat, con el que esta Madre que contiene su Brazo le habla sin parar de su Misericordia y de su Poder, haciéndole notar entre súplicas que aún no ha enaltecido a los humildes ni saciado a los hambrientos y que acaso los hombres esperan, para adorarlo, el cumplimiento de sus promesas. Lo adormece por algunas horas, arrullándolo como antaño, en la humilde morada de Nazaret. Pero la Predilecta del Espíritu Santo no puede contenerlo más, sabe de sobra que no cabe pedir a su Hijo que repita la Pasión para salvar a Judas, más presentable sin duda que los traficantes de almas, pues él al menos devolvió las monedas.

Las trazas de los nuevos ricos son muy otras. No pudiendo contar con la aprobación o la desaprobación de nadie, responden por sí mismos con cínica y admirable audacia. No se declaran positivamente ni ladrones ni asesinos de pobres, pero no les desagrada que se repare ni que se admire su habilidad.

¡Reparemos, pues, en ella! ¡Hacer fortuna mientras la ruina amenaza a todo el mundo, sacar provecho de las catástrofes agravándolas, tornar fecunda la desolación, abonar la desesperación, ser las prósperas moscas y los voraces gusanos de los cadáveres, después de haber sido el último tormento de los agonizantes! ¿No sería el colmo de la estupidez desaprovechar la oportunidad del inexplicable reposo de la guillotina?

Acaparar víveres, dosificar o sofisticar la alimentación del pueblo entero para centuplicar su valor son prácticas tradicionales que antaño se pagaban con la horca y que, hogaño, despiertan la admiración y la envidia.

Hay logreros chicos y grandes y no es fácil determinar cuáles de ellos son más horribles. Los grandes asesinan a los pobres a distancia, de manera indiscriminada, al socaire de tal o cual combinación administrativa siempre enigmática. Los chicos, los llamados minoristas, degüellan a diario a los pobres que se ponen a su alcance. Artífices de colusiones admirables, fijan los precios que les vienen en gana, embolsándose ganancias del 300 o del 400 por cien. ¡Es la guerra!, dicen con una sonrisa y llevan a buen puerto su infamia, a sabiendas de que ninguna sanción contrariará sus designios.

Esperan con ahínco alcanzar la fortuna, pero como son, a semejanza de los especuladores al por mayor, tan necios como malvados, ninguno se para a pensar qué será de ellos al día siguiente de su innoble victoria. No reparan en que hay, en el frente, un millón de hombres acostumbrados, y van tres años, a matar a otros hombres, exponiéndose ellos mismos a la muerte, acostumbrados, por consiguiente, a considerar la vida humana como una futesa. Volverán un día, con la impaciencia de

arreglar las cuentas pendientes. ¿Qué dirán ante el espectáculo de la proliferación de canallas y con qué ojos podrán ver la prosperidad diabólica de los mercaderes que han matado de hambre, que han torturado a sus mujeres y a sus hijos, mientras ellos aguantaban por mor de la defensa común los peores horrores?

Es posible que entonces los alegres y sonrientes logreros no encuentren escondrijos suficientes para hurtarse al furor de esos incontrolados para quienes sería una delicia paradisíaca poder despanzurrarlos. Nunca se recomendará bastante a los interesados la meditación de este futuro.

Bourg-la-Reine, 16 de julio-15 de octubre de 1917.

XXI

EL CIEGO DE NACIMIENTO

EVANGELIO DE SAN JUAN

Capítulo IX

Así interroga Jesús al ciego de nacimiento al que acaba de curar: «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» y éste le pregunta: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?». Y Jesús le responde: «¿Pues le has visto, y el que habla contigo Él es[39].»

Estas últimas palabras resultan abrumadoras. ¡Así pues Jesús habría dado la vista a este mendigo ciego que nunca vio nada, para que lo primero que tuviese ante sus ojos fuese precisamente al Hijo de Dios! El Hijo de Dios deseaba la mirada *virginal* de este miserable. La mirada de los demás, de aquéllos que habían visto tantísimas cosas antes que su presencia, no le bastaba. Esa muchedumbre podía haber contemplado la creación entera, desde la de los animales y las plantas hasta la de los minerales. Podía haber visto las estrellas todas del firmamento, pero nadie había podido gozar del privilegio insólito de ver, como primera cosa, al Hijo de Dios. Nadie fuera, claro está, del Padre, que contemplaba indeciblemente a su Hijo antes de que la creación fuese visible...

El ciego iluminado fue preguntado: «¿Dónde está el hombre que te dio la vista?» y dijo «: «No sé[40].» A la acusación de que se trataba de un pecador, replica: «Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo sido yo ciego, ahora veo[41].» Preguntados sus padres, contestan que no saben nada, salvo que es su hijo y nació

---

[39] Juan, IX, 37.
[40] Juan, IX, 12.
[41] Juan, IX, 25.

ciego. Los mismos que preguntan reconocen ignorar de dónde puede venir el autor del prodigio. Nadie sabe nada.

Sin embargo, sí desean saber qué pensaba el infeliz de quien le abrió los ojos, respondiendo éste: «Es profeta[42].» Y agrega: «Si no viniera de Dios, nada podría hacer[43].» He aquí en verdad una oscuridad harto singular que se adensaría hasta convertirse en las Tinieblas tangibles de la Novena Plaga[44], si algún doctor extraordinariamente inspirado fuese tan discreto como para preguntar a este ciego devuelto a la luz quién era él mismo, a lo que éste respondería lo que figura en el Evangelio: «Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea[45].»

Antes de intentar, con una temeridad rayana en la demencia, una interpretación cualquiera, deseo detenerme en el privilegio exclusivo, inquietante e inconcebible del ciego de nacimiento, elegido, entre los hombres todos, para contemplar virginalmente, sin visión previa, la Faz de Jesús. Innumerables eran los que, anteriormente a él, lo habían visto —si es posible, con todo, emplear un término tal.

La contemplación en su esencia no es ni afectiva ni activa y la razón no tiene más parte que la voluntad. «La contemplación», decía Rusbrock el Admirable[46] «es un conocimiento superior a las demás formas de conocimiento, una ciencia supe-

---

[42] Juan, IX, 17.
[43] Juan, IX, 33.
[44] Éxodo, X, 21 y 22.
[45] Juan, IX, 30.
[46] (Jan Van) Rusbrock o Ruusbroec el Admirable o, como se le conoce en la literatura piadosa española, el Divino Rusbroquio. Beato flamenco, nacido en Ruusbroec, localidad próxima a Bruselas, en 1293 y muerto en 1381 en loor de santidad. Tras ejercer durante muchos años como coadjutor de la Iglesia bruselense de Santa Gúdula, funda la comunidad de Groenendaal de religiosos de vida retirada o en soledad, de la que fue prior. Autor de numerosas obras de subido misticismo (*Bodas del Alma, El Libro de la más Alta Verdad, El Espejo de la Salvación Divina*, etc.), su producción ejerció un enorme influjo en la li-

rior a las formas de sabiduría... Es una ignorancia alumbrada, un espejo magnífico en el que se refleja el eterno fulgor de Dios; no conoce medida y todas las diligencias de la razón ceden ante ella.» Todas las facultades del que contempla están en las uñas de la Paloma que va donde le place, que hace su gusto, que viene de no se sabe dónde, que no tiene principio ni fin.

Claro es que los primeros adoradores del Niño Jesús, los Pastores, avisados por los Ángeles, o los Magos, iluminados en el fondo de su ser, lo habían contemplado, sin que quepa admitir ninguna otra expresión. Pero la multitud innumerable, incluidos Apóstoles y Discípulos, cómo pudieron, hasta su muerte, que les causó espanto y escándalo, dejar de verlo sino con ojos carnales, como lo veían los animales, objeto visible que no podían no *comparar* con los demás objetos que habían pasado de su vista a su memoria, antes de que se les mostrase?

Privilegio infinito. Muchos siglos después, especialmente hoy, los cristianos abastecidos de amor no pueden evitar sentir celos de los bienaventurados que vieron al Señor asiduamente y hasta de los que lo vieron solamente una vez. Los Patriarcas y los primeros Hebreos suspiraban, se decía, por su venida, y lloraban de ganas invocando al Bienamado en las montañas y en los valles profundos. Cuando fue llevado de muy niño a Jerusalén, el justo anciano Simeón murió de gozo.

¡A nosotros, cristianos tardíos, la esperanza debe bastarnos! Pero en lo que hace a la Faz de Cristo encarnado, a sus benditos Ojos, a su divina Boca que sólo se abre para proferir parábolas y alegorías, a su Mano de Unigénito de Dios vivo que sanaba las llagas del cuerpo y del alma, a su inefable Corazón palpitante y a su entero Cuerpo de Cordero Místico que ha de ser sacrificado para el rescate de los que creen en él; en lo que

---

teratura espiritual europea, incluida la española, de los siglos siguientes. Bajo el título de *Obras*, puede encontrase en español una reciente edición de sus escritos mayores, a cargo de Teodoro H. Martín (Universidad Pontificia de Salamanca/Fundación Universitaria Española, Madrid, 1985).

hace a todo eso, nuestra singular esperanza es, valga la palabra, *retrospectiva*, en el sentido de que anhelamos ver lo que, hace veinte siglos, vio un pueblo entero durante treinta años.

Sabemos, por la fe, que lo veremos al cabo, *si nos lo ganamos*, ahí estriba la diferencia. Y aun ganándonoslo, no lo veremos igual. Ya no en carne perecedera. ¡Dichoso Judas! ¡Dichoso Caifás! ¡Dichoso Herodes! ¡Dichoso Pilato!, que lo vieron con sus propios ojos. Poco importa que padezcan ahora horribles tormentos. Lo que contemplaron, sin hacerse una idea, no puede pagarse ni con una eternidad de suplicios.

El caso del ciego de nacimiento es completamente distinto. Le fue dada la luz para ver a Jesús, una luz sin parangón, que nos permite pensar que siguió siendo ciego para todo cuanto no fuera Jesús.

El Señor había sanado a otros muchos: el del camino de Jericó, por ejemplo. Pero éste no era ciego de nacimiento y sabía sobradamente quién era Jesús, pues le llamó «Hijo de David[47]». El milagro se obró de modo distinto. «¿Qué quieres que te haga?», le preguntó Jesús. «Maestro, que recobre la vista.» Y Jesús le dijo: «Vete, tu fe te ha salvado.[48]» Enseguida recobró la vista. Una palabra, ningún gesto.

Pero el ciego de nacimiento mereció una especie de ceremonia litúrgica: «En tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo.» Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con su saliva y untó con el barro los ojos del ciego, y le dijo: «Ve a lavarte en el estanque de Siloé (que traducido es, el Enviado).» Fue entonces, y se lavó y regresó viendo[49].

¿Qué sentido tiene esta saliva de la luz del mundo, qué este lodo y qué hay que pensar del estanque? La respuesta no es

---

[47] Marcos, X, 47.
[48] Marcos, X, 51 y 52.
[49] Juan, IX, 7.

fácil, qué digamos; el mismo San Agustín, en sus Tratados sobre el Evangelio de San Juan, elude la cuestión, afirmando que es suficientemente clara y que, por tanto, no hay que detenerse en ella. No obstante mi respeto por este gran Doctor de la Iglesia, reconozco que por más intentos que he hecho no he conseguido sacar nada en claro, ni siquiera una mínima vislumbre del misterio que encierra ese pasaje evangélico.

¿De entrada, qué es un ciego de nacimiento, un ciego congénito? La primera respuesta que se nos pasa por la cabeza es decir que el ciego del Evangelio es símbolo del linaje humano enceguecido por el pecado. Pero esta respuesta metafórica no me contenta, puesto que Jesús parece decir con todas las palabras que ni el ciego, ni tampoco sus padres, pecaron, y que nació ciego «para que las obras de Dios se manifestaran en Él[50].» *¡Las Obras de Dios!...* Aun tomándolo en el sentido más vulgar y corriente, en el de ceguera material y congénita, ¿cómo concebir un estado semejante?, ¿cómo ponerse en su lugar? Pues no en vano esta circunstancia puramente física merece un capítulo entero de San Juan y hará pronto veinte siglos que nos interpela. Se trata del arranque, de la base de todo este misterio y exige que nos pronunciemos. ¿Pero, una vez más, por dónde tomarlo?

Los ciegos por accidente o por enfermedad no son ciegos auténticos. Han visto lo suficiente y se guían por las imágenes que guardan en su memoria. Se asemejan a los mutilados que hicieron uso de sus miembros. Su situación no es comparable ni guarda similitud con la de un ciego de nacimiento. Su caso es ciertamente inconcebible. Llamemos a sus tinieblas interiores y exteriores, habita las tinieblas, en toda su extensión, y éstas son el Imperio del Mal. Si es hijo de cristianos, recibe el bautismo en tinieblas; es confirmado en tinieblas; el Cuerpo radiante de Jesucristo le es dado en tinieblas; muere a tientas en medio de las más espesas tinieblas. No ha visto ni puede siquiera imaginar en qué consiste ver. Ignora el aspecto de los

---

[50] Juan, IX, 3.

hombres y de sí propio. Ignora el aspecto de las mujeres, de los niños, el color de la sangre, el color del fuego, el color de las lágrimas, el color de los cielos, y no llega siquiera a barruntar la apariencia del Redentor. Sin el don de la vista, no se puede entender nada. La suya no es una indigencia desmedida, es una indigencia monstruosa.

¿Qué pensar, entonces, del ciego de nacimiento del Evangelio que sin haber presenciado nunca nada en su covacha de la Sinagoga, es llamado repentinamente a ver al Hijo de Dios, sino que, por un milagro no inferior a la creación de las estrellas, fue exaltado a la categoría de Vidente de la Divinidad doliente? «*Credo, Domine,* creo, Señor», dijo y arrodillándose, le adoró[51]. En este instante grandioso como los siglos, ¿qué vio, no habiendo tenido jamás ni el presentimiento ni incluso el deseo de ver nada y con la Faz de Jesucristo por todo horizonte?

Nada fuera de esta Faz atestada de todos los crímenes del mundo, incomparablemente más dulce y más terrible a sus limpios ojos que la que gozaron después los santos favorecidos por las mayores visiones.

La Faz de Jesús reprendiendo al viento y domeñando el mar, llorando en la sepultura de Lázaro y sudando sangre en Getsemaní; la Faz lívida y escarnecida del Señor azotado, crucificado, agonizante, profiriendo las Siete Palabras inconmensurables, una por cada uno de los Siete Días del Génesis; que se hará, al final, visible en una gloria inconcebible, más allá de las doradas elevaciones de la Resurrección, en una lejanía misteriosa y formidable, en la que tendrá su asiento el Juicio final.

Y era necesario que así fuese, puesto que el Señor, para dar la luz a este ciego, para eso sólo, había obrado de igual modo que para la creación de la Estirpe humana. Tomó tierra pero, al mismo tiempo, y dado que había cargado con la culpa toda

---

[51] Juan, IX, 38.

de la estirpe, que no es sino el precio de la Redención, la untó con su saliva, en cumplimiento de la ley solemne de Moisés establecida en el Levítico: «Quien escupa sobre alguien puro, inmundo será hasta la tarde[52].»

La estatura de este pobre ciego adquiere en ese instante proporciones ignoradas. De inmediato, no se ve más que a él y su ceguera se convierte en un faro que ilumina el Evangelio. La humillación infinita del Hijo de Dios, su estado de oprobio y de miseria profetizada por David, y su infamante muerte *en las tinieblas de la noche*; todo eso vendrá determinado simbólicamente por su curación milagrosa. Luego son de plena aplicación a este ciego, como ya he dicho, las palabras que él dijo de su salvador: «Pues esto es lo maravilloso, que vosotros no sepáis de dónde sea[53].»

Lo más chocante de esta sorprendente historia que, por más veces que la he leído, siempre me parece la primera, es el testimonio de los padres y la airada protesta de los doctores de la Sinagoga. «*Sabemos* que éste es nuestro hijo», dicen los primeros. «...Preguntadle a él, *aetatem habet, ipse de se loquatur*; EDAD tiene; él hablará por SÍ MISMO[54].» Habida cuenta del carácter Absoluto de las Sagradas Escrituras y de su concordancia luminosa, resulta difícil no pensar, en este punto, en «la edad de la plenitud de Cristo» de la que habla San Pablo[55] e imposible de todo punto pasar por alto que únicamente Dios puede *hablar de sí mismo* —sentido profundo de toda la Revelación escrita.

Entonces, ¡oh!, entonces, este ciego a quien Jesús alumbra sería el mismo Jesús, su imagen enigmática reflejada en un espejo[56]. Y esos padres que saben de sobra que es su hijo pero que afectan no saber por miedo a los judíos y a sus doctores, cómo no identificarlos con los propios padres de Jesús cuando, a los

[52] Levítico, XV, 8.
[53] Juan, IX, 30.
[54] Juan, IX, 21.
[55] Efesios, IV, 13.
[56] I, Corintios, XIII, 12.

doce años, hubo que buscarlo durante tres días seguidos en Jerusalén, ciegos ellos mismos o creyéndolo acaso ciego, para terminar dando con él al cabo en el Templo, sentado en medio de los doctores, admirados de su ciencia.

La respuesta de este adorable Niño a sus desconsolados padres se ha considerado a menudo como una dificultad grave: «¿No sabéis que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?[57]» Términos estos muy similares a los de la respuesta de Jesús en la plenitud de su edad: «Para que las obras de Dios se manifestaran en él[58]», en este hombre, ciego de nacimiento, por más señas, cuyos ojos por mí iluminados me devuelven mi propia imagen incontaminada.

«Edad tiene[59].» Esta afirmación paterna es de una importancia tal que el Evangelista la registra *dos* veces, como si el Espíritu Santo que lo inspira quisiera que reparásemos en los dos Testamentos. Y esto es lo que exaspera a los judíos de la Sinagoga: «Hazte tú discípulo de quien te ha dado la vista, del que nosotros abominamos», dicen al alumbrado mientras lo injurian; «hazte su discípulo, que nosotros lo somos de Moisés.» Y lo echan fuera, recogiéndolo Jesús[60].

«Edad tiene», una vez más. Ese hijo nacido en tinieblas, crecido en tinieblas y libre ahora de las tinieblas, ¿qué edad puede tener? Sin duda, la misma edad que Jesús y la edad de Jesús coincide con la de Dios, con la de Dios en su plenitud, con la edad de la creación, de los Patriarcas todos, de los Profetas todos, de los pueblos y los planetas todos, la edad de la Trinidad y la Eternidad.

Tan luego como vemos o entrevemos esto, llegamos a la conclusión de que resulta enteramente imposible desenmarañar

---

[57] Lucas, II, 49.
[58] Juan, IX, 3.
[59] Juan, IX, 21.
[60] Juan, IX, 28.

este pasaje que es, como todas las parábolas de la Escritura, impenetrable a los hombres. Por no saber, no sabemos quién es Jesús y quién el ciego de nacimiento. Cuando se dice que éste es expulsado por los discípulos de Moisés, pensamos de inmediato en Jesús; cuando estos mismos dicen de Jesús: «Nosotros sabemos que ese hombre es pecador[61]», a fuer de mentirosos, aciertan, aciertan plenamente porque el Hijo de Dios, al cargar con todos los pecados, se convierte en pecador, al punto de encarnar el Pecado, como dice San Pablo[62]. Mientras los vecinos, *vecini*, del ciego de nacimiento —es decir, todos los Profetas de la Antigua Ley que lo habían visto mendigar— decían: «¿No es éste el que se sentaba y mendigaba?», respondiendo unos «Él es.» y otros «A él se *parece*». El iluminado, a su vez, dice. «Yo soy, EGO SUM[63].»

Ante estas palabras acabadamente divinas, bastantes por sí solas para detener cataratas y hacer retroceder montañas, caemos a tierra, como los acompañantes de Judas en el monte de los Olivos[64], y lloramos, no sabiendo a punto fijo en presencia de quién estamos... Una vida no bastara para decir cuanto se nos ocurre.

¿Sabe alguien en qué acaba convirtiéndose este ciego iluminado que ciertamente fue un hombre, lo que no obstante cuesta trabajo creer, cuando, a infinita distancia, nos preguntamos por el significado simbólico de este pasaje al que el Evangelio dedica un capítulo entero?

¿Se trata de un discípulo de Jesús, como parece decir él mismo[65] o más bien de uno de sus verdugos?

Pues ateniéndonos a su naturaleza humana, no es más que uno de los muchos a los que curó o dio consuelo y que un poco

---

[61] Juan, IX, 24.
[62] II, Corintios, V, 21.
[63] Juan, IX, 9.
[64] Juan, XVIII, 6.
[65] Juan, IX, 27.

después no dudan en crucificarlo con saña. Desaparece todo rastro de él después de este capítulo IX de San Juan[66].

Nada he dicho aún del estanque de Siloé, y acaso por ahí podamos dar con un poco de luz. La palabra que emplea la Vulgata es harto extraña. *Natatoria*. En sentido estricto, es un lugar donde se nada, dispuesto para la natación. Había una fuente de Siloé, al pie de la colina del Templo, al sudeste de Jerusalén, extramuros. Su nombre, antiquísimo, significaba Enviado, tal como subraya el Evangelista[67], particularidad asaz misteriosa que puede explicar su situación *extramuros* de Jerusalén, cuando se considera, en esta figura, la expulsión judaica, pertinaz, veinte veces secular, de Jesús, el Enviado por antonomasia.

Esta fuente predestinada no puede ser otra que María, de quien surgió Jesús, María permanente e inmemorialmente simbolizada en los Libros sagrados por las aguas de todas los manantiales, fuentes, ríos y mares océanos; tanto es así que Moisés en su relato de la Creación no puede no llamar *María* a la universal «congregación de las aguas»... Cuando Jesús manda al ciego a lavarse en el estanque, es como si lo mandara a su Madre. Ella, que preside soberanamente las inmersiones bautismales y es madre de la Luz del mundo, toma de este hombre su ceguera para trasladarla, en medio de los suspiros

---

[66] Jacobo (o Santiago) de la Vorágine, en su célebre *Leyenda Dorada*, nos ofrece información adicional sobre el ciego de nacimiento a la contenida en el Capítulo IX del Evangelio de San Juan. En efecto, en la hagiografía que dedica a Santa María Magdalena anota que «*Estos obligaron a subir a...San Cedonio el ciego de nacimiento curado de su ceguera por Cristo y a otros muchos cristianos; condujeron la nave hasta alta mar y allí la dejaron abandonada, sin remos, sin velas y sin nada cuanto pudiera servir para ayudar a la navegación, con la pérfida idea de que el navío naufragara y sus pasajeros murieran ahogados; pero Dios se encargó de conducir milagrosamente sobre las aguas del mar a los expedicionarios, haciendo que la maltrecha embarcación arribara a las costas de Marsella, en cuyo puerto desembarcaron sus pasajeros*». Cito por la edición de *La Leyenda Dorada*, a cargo de Fray José Manuel Macías, vol. 1, página 384, publicada por Alianza Editorial, Madrid, 1996.

[67] Juan, IX, 7.

inmensos de su Transfixión— a la Raza Judía, su propia raza, obligada desde entonces a esperar que se cumpla inefablemente la Primera Palabra del Redentor en su Cruz, para poder verse libres de las tinieblas de su terrible *Velamen*[68].

Esto es todo cuanto alcanzo a ver en esta historia del Ciego de nacimiento. Un pordiosero que jamás vio nada y que parece ser, ocultamente, el mismo Jesús reflejado en el espejo enigmático de San Pablo[69]; este mendigo, ciego a toda luz hasta entonces, convertido repentinamente en vidente, al frotar Jesús, Luz del Mundo, sus ojos con el lodo formado con su saliva y enviado luego al seno de su Madre, que no podía distar mucho, creo, de la fuente de sus propios ojos anegados en lágrimas que no tardarán en caer sobre la sepultura de Lázaro; y ambos, el Pordiosero y el Señor, las Tinieblas y la Luz, cada uno espejo del otro, al punto de que Jesús, pareciendo trasponerlo todo, afirma, finalmente, que ha venido al mundo para que los que no ven, vean, y los que no ven, sean cegados[70], criterio por el que se juzgará al mundo y que resultará fuente de sorpresas insólitas.

Luego, unos padres que saben que este ciego de nacimiento que acaba de ver la luz es hijo suyo, deteniéndose ahí su ciencia y dándolo, parece, por perdido, ahora que ve, separándose de este hijo que ya no los necesita, pues edad tiene y puede hablar por sí mismo, actitud respetuosa que no diferirá de la de los Profetas cuando venga el Salvador que ellos anunciaron. Luego también los discípulos de Moisés, visiblemente enfurecidos por estos acontecimientos, sintiendo que ahora son ellos los ciegos, mientras el Ciego de nacimiento que los condena recibe la vista, cree y adora.

Todo esto, huelga decirlo, ocurre sobre las cimas rojizas de la Contemplación, a inmensa distancia de la interpretación es-

---

[68] II, Corintios, III, 15: «Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos».
[69] I, Corintios, XIII, 12.
[70] Juan, IX, 39.

trictamente moral o doctrinal del Texto sagrado e infinitamente por debajo de la límpida Visión Beatífica. Es una forma de llorar mirando el cielo, pensando en el incomprensible Dios de nuestras almas, que nos haría arder como yesca si se mostrase ante nosotros de distinta forma que en enigmas o en parábolas.

DEDICATORIA

El traductor y anotador de esta edición de la obra de León Bloy En Tinieblas *dedica su trabajo a David de la Fuente Coello, cuya estimación y amistad no conoce penumbras ni zonas de sombra.*

8. LA DECIMA DE BEETHOVEN
Peter Ustinov

9. LA PREGUNTA POR EL PARAISO
Luis Cayo Pérez Bueno

10. LOS JUDIOS EN LA LITERATURA ESPAÑOLA
Rafael Cansinos Assens

11. EN TINIEBLAS
Léon Bloy

COLECCION LETRAS DIFERENTES

DIRIGIDA POR:
José María Arroyo Zarzosa
Rafael de Lorenzo

ASESOR LITERARIO:
Luis Cayo Pérez Bueno

COORNINADOR EDITORIAL:
Gregorio Burgueño Alvarez

ESCUELA LIBRE EDITORIAL
Madrid, 2000